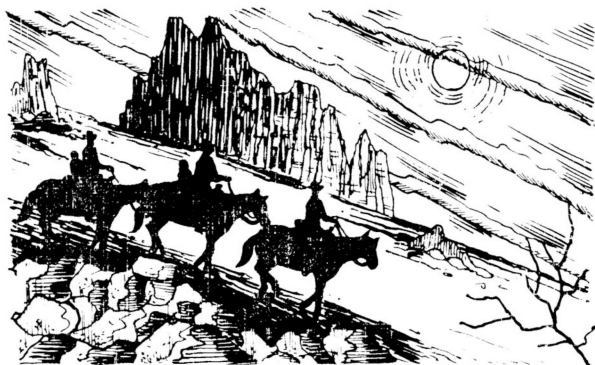


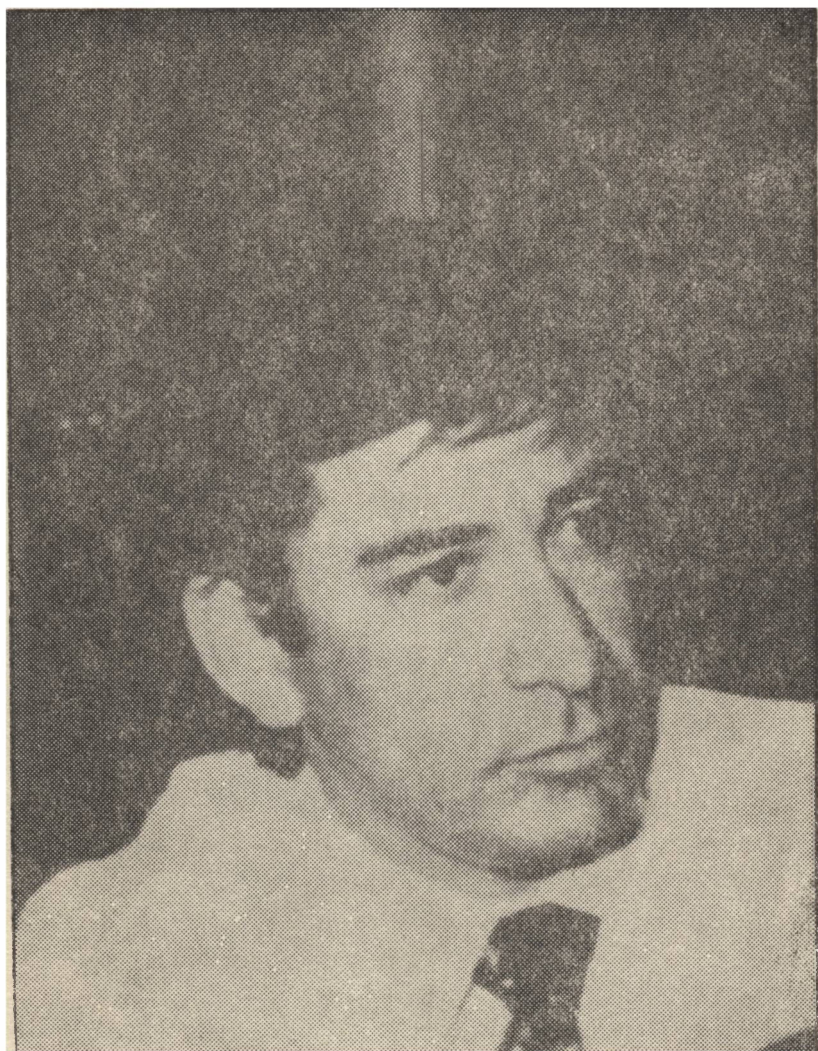
GERARDO CORNEJO

LA SIERRA Y EL VIENTO



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

LA SIERRA Y EL VIENTO



GERARDO CORNEJO

LA SIERRA Y EL VIENTO



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO 1982

Primera edición: 1977

Segunda edición: 1982

Este libro lo escribí para mi padre

PRESENTACIÓN

Escritor regocijado a veces, a veces iracundo, Gerardo Cornejo es un hombre que ha sentado las bases para su retorno a la sencillez y a la identidad originaria de hombre de la sierra. "Si me ven por encima —dice— soy un ciudadano del mundo; si ahondan un poco: soy un auténtico latinoamericano; si profundizan un poco más, me encontrarán mexicano; pero si llegan hasta el fondo encontrarán que soy un genuino sonoreense de la Sierra Madre. Esa es mi identidad originaria; y puedo ser universal porque antes soy un pedazo de sierra que camina, una criatura extasiada con las auras de la cordillera y con los crepúsculos de la costa sonoreense".

Este es el autor que entra en la narrativa latinoamericana con una obra cuyo tema ha sido muy poco transitado, a pesar de ser común a los países de la América nuestra: el de la migración del hombre de la sierra a las zonas costeras en busca de nuevos medios materiales de vida, mientras va

dejando su mente y su alma todavía adherida al paisaje montaños.

Su vocación por las letras no es nueva; “es una vieja compulsión” —a decir de él mismo— que le ha hecho incursionar en la poesía y el cuento, género éste último en el que ha logrado legítimas conquistas de idioma e imaginación. La sierra y el viento reveló la aguda capacidad narrativa de Cornejo, que aunada a su riqueza metafórica sirvió para poner ante nuestros ojos un vasto arsenal de imágenes y contenidos conmovedores.

Desde su primera edición esta obra ha capturado la atención de muchos lectores latinoamericanos —actualmente está siendo traducida al portugués— y el afecto del lector sonoreense, que ha visto reflejada en ella su identidad primaria.

Al publicar esta obra, el Gobierno del Estado pretende no sólo ofrecer una bella muestra de creación literaria, sino además fortalecer los vínculos de identidad de la comunidad sonoreense.

Hermosillo, Son., junio de 1982

UNA LUCHA ENTRE DOS TIEMPOS

—¿Te vas José Juvencio?

—Sí, Anselmo, vamos a bajar a los valles, nos vamos pa Cajeme.

No dijo más, con su decisión a cuestras se echó camino arriba llevándolo todo consigo y al llegar al Puertecito del Aire, volteó hacia abajo para echar una última mirada sobre La Carrilleña, y un torrente de pasado le invadió la mente...

Él había llegado a aquella hondonada con su familia todavía pequeña y sus ilusiones ya grandes. Varias vetas habían sido descubiertas y nuevas bocas negras se abrían en las faldas del Chomonqui. Los mineros animosos subían la cuesta pasando frente a la enorme hoquedad de la Carrilleña, ya abandonada y semirrellenada con los jales de piedra molida que rodaban cuesta abajo, hacia el arroyo, como una cascada sólida y suspendida.

Había dejado sus ganados y sus apacibles pinares y aquel vallecito alto de Tarachi rodeado de cuestras ascendentes y verdes que suben hasta tocar los vientos fríos; los pilares de roca que a fuer-

za de milenios habían abierto una profunda herida en su vientre para formar un cañón que vierte agua de sus paredes todo el año; perenne oasis de frescura donde tantas generaciones de mujeres habían lavado sus pláticas y sus ropas sobre piedras lajas; estanque puro de diversión para la niñez de todos los nacidos en aquel recodo de la Sierra Madre; pueblito de adobe confundido con el barro rojo de las pequeñas mesetas al pie del cerro del Peñasco Blanco; apacible morada de calles zigzagueantes que terminan antes de hacerse largas; mezcla de cantera y adobe con soporte voluntarioso de tejabanos y vigas; corrales de traspatio y mugir de ganado en las noches silenciosas; pasos furtivos en una oscuridad ayudada por sombras de casas hechas sin prisa; lenguaje de insectos contestado sólo por el cosmos; cielo generoso en estrellas y galaxias enteras.

Este era su origen. Conocía cada piedra del arroyo y cada cauce de su orilla. Había pastoreado sus vacas en todos los potreros y cabalgado todos los caminos. Y amaba los olores de la sierra, el mugir del ganado en la época de ordeña, los elotes tiernos de agosto, las frutas frescas de siempre.

Y había dejado todo aquello para venirse a las minas, en busca de oros escondidos. Los gambusinos con grandes bateas de madera hurgaban en el

arroyo relavando los restos de "la grande" con un paciente mecer circular de arenillas vidriosas a orillas del hilo de agua cobriza que salía de la mina vieja.

Habitados a los grandes espacios de sus cumbres, al aire límpido y a la libertad de todos sus sentidos, sufrían en silencio el tener que meterse enteros en aquellos huecos húmedos y oscuros. Era como ver aves silenciosas, cerrar sus propias jaulas y perder sus horizontes.

Luego vinieron los mineros fogueados que conocían el oficio y que tenían la mente habituada a sentirse mitad hombres y mitad topos. Tenían las manos agrietadas y duras y algunos habían perdido los dedos volados en pedazos por alguna explosión prematura de pólvora. Otros tenían enormes machucones en los antebrazos o los nudillos hechos flor por el marro y la barreta. Mostraban dientes amarillos de nicotina y descuido cuando una sonrisa leve les visitaba el humor y su tez ceniza denunciaba una tuberculosis desarrollada a fuerza de meterse en aquellos huecos malsanos antes de que saliera el sol y de no salir hasta que se había medido. Su diversión era jugar a los volados durante sus días libres y hacer grandes fogatas que calentaban con aguardiente. Uno de ellos vivía en el tiro abandonado de una vieja mina y una vez me dijo que prefería el frío húmedo de adentro al aire

mordiente de afuera. Pensé entonces, que él ya era un enterrado y que sólo visitaba la superficie con humor de fantasma. En el mineral no había cementerio porque nadie se había muerto todavía, por eso me figuraba que cuando los “cascados” se fueran muriendo los irían echando en el enorme hoyo abandonado de la Carrilleña.

Esta vida era demasiado dura para los vaqueros de Tarachi y para los demás arribeños que nunca pudieron adaptarse a ella. Para su suerte, y a fuerza de sacarle tanto, la tierra fue empezando a escastimar sus tesoros y los negaría definitivamente antes de que ellos llegaran a convertirse en mineros de por vida.

Todavía durante años la mano temblorosa que sostenía las barretas y manejaba los marros insistió en quebrar el metal producido por las explosiones de pólvora que desgarraban los cerros. Pero las vetas estaban agotadas y sólo pequeños yacimientos mantenían viva la esperanza de unos cuantos.

Y un mal día llegó el gringo. Su acento perentorio y ofensivo contrastaba con el suave hablar de los mineros sierreños y sus inmensos pies metidos en tiesas botas de ojillos metálicos, resonaron en la cañada como un augurio de muerte.

—Dizque va a cerrar “la grande”.

—No la friegues.

—Sí, te digo que Juan Trevizo lo oyó diciéndole a Tomás Henríquez que buscara a quien vender la fierrada porque pa sacarla de aquí a puro lomo de bestia, pos está pesado. Ah, y que si no, pos que se llevaría aunque sea los motores, y que, pos... que escarbaran con sus uñas porque él se llevaría todo pa la Santa Clara que tiene güenas vetas y que está a cientos de kilómetros quien sabe pa onde.

Ese día el ánimo de todos se precipitó cuesta abajo. Muchos comenzaron a organizar su regreso a Tarachi para empezar de nuevo a arañar, con sus yuntas, los “magüechis” desperdigados entre los riscos o abandonados en las orillas de los arroyos. Los gambusinos seguían tercos en su paciente tarea convencidos de que los “jales” todavía “tenían para rato” y continuaron sacando sus “chispitas” guardándolas con amoroso cuidado en sus paliacates y, cuando pensaban que “ya pesaban un viaje” emprendían la subida del sendero montañoso y se perdían para regresar, días más tarde, con provisiones, algunas herramientas nuevas y unos frascos llenos de azogue para separar las chispitas de los demás “molidos”.

Él había hecho lo mismo. Se deshizo de sus “animalitos” y se lanzó a aquello con sus hombros y brazos como equipo. Y construyó su cabaña con gruesos troncos lomos y techo de tabletas; y se

metió a las minas a sudar el sudor verde de la falta de sol; y hurgó en el arroyo; y reunió su bolsa de chispitas y se marchó a venderlas.

Volvió con varias mulas cargadas con costales de cuero repletos de provisiones. Yo lo miraba y me parecía vibrante, cegado de entusiasmo cuando armó su "tanichi" y comenzó a vender abarrotes. Los mineros se alegraron porque ya no tendrían que hacer aquel viaje largo y fatigoso para comprar sus víveres y vinieron a conversar, a sentarse en el tosco tronco de la entrada y a contar historias de lobos y a hablar y a conocerse. Algunos parecían fantasmas con sus rostros cenizos y su tos ruidosa de "cascados" por la silicosis. Pero estaban contentos de reunirse todas las noches a platicar sobre vetas imaginarias y a evocar aquellos melancólicos: "¿te acuerdas cuando?..."

Pero aquello había llegado a su fin con muerte de mineral. Los cascados se irían pronto a morir en otras minas y los demás regresarían a sus parajes de vacas y potros.

—En Tarachi no hay más que hasta segundo año y ya ves cómo van creciendo, y a la mejor este año ni va haber maestra —dijo mi madre.

—Y comenzar de nuevo lidiando ganado —contestó él.

—¿Hablaste con Anselmo?

—Sí, ya le hemos dado muchas vueltas y creo que no hay otra más que bajarnos pa los valles. Dicen que van a repartir tierras en el Yaqui cuando se termine la presa del Oviachic.

Yo los escuchaba amparado por la oscuridad. Desde entonces tenía la manía de querer alargar los días, por eso era un espía de sus preocupadas conversaciones nocturnas y al oírlos no podía evitar el escape de mi imaginación de seis años a los lugares desconocidos y fascinantes que mencionaban. Eran lejanos, extraños y estaban llenos de cosas maravillosas. Contaban del tren que era “como estar sentado en su casa pero nomás que caminando”, y luego los automóviles que “corrían más ligeros que un caballo encarrerado en las fiestas del 15 de mayo”. La impaciencia y la incertidumbre de no saber la decisión me hicieron contar a Trini lo que oía por las noches. El con su precoz conciencia de hermano mayor, asumió la responsabilidad de preguntárselo a mi padre en cuanto hubiera oportunidad. Encontrábamos la idea demasiado remota y temeraria. ¿Qué nos esperaba allá? ¿Y nuestros abuelos, tíos y primos? ¿Los dejaríamos para siempre? No, no era posible. Pero la fascinación de un mundo desconocido nos absorbía la mente. ¿Cómo era todo fuera de aquellas montañas? ¿Veríamos las grandes llanuras, el tren, las máquinas, la ciudad y todo lo que nuestra imagina-

ción había construido con los relatos oídos a los mayores durante noches de fogatas?

Cuando mi padre partió para Tarachi a decir adiós a todos y regresó con un atajo de mulas equipadas para el viaje, se hizo todo, de pronto, realidad.

—Entonces es cierto —me dijo Trini; y no puede tardar porque ya trajo hasta las mulas —volvió a decir como para sí mismo poscído por una extraña mezcla de excitación, temor y melancolía.

Y la vida desde ese momento se convirtió en un estado de espera. Pero de una espera que no tenía alegría, de una especie de ansiedad, como si estuviésemos navegando un río cuya corriente nos llevara forzosamente hacia el lejano ruido, ya perceptible, de su desembocadura por la que tendríamos que pasar antes de internarnos en un mar remoto y desconocido. Se iba abriendo paso el futuro irrumpiendo, implacable, en nuestro presente y esto nos causaba un sentimiento de interrupción, de lucha entre dos tiempos. Aquel hermoso presente de niñez y montaña iba a perder la batalla y de él sólo sobreviviría el olvido.

Nuestras tiernas mentes entonadas al ritmo de la naturaleza, ahora tendrían que aceptar un cambio brutal y definitivo. Nuestros ojos acostumbrados a reflejar la belleza de la sierra, serían ahora espejo de desconocidas lejanías.

Mucho después, los dos tiempos volverían a encontrarse en el llano y el olvido sería sacudido con rudeza por una avalancha de recuerdos que se repetiría, a intervalos, para siempre, hasta que ambos formaron en el desierto un remolino con el viento de nuestras vidas.

El arraigo de los adultos era más profundo y por eso sufrían más que nosotros aquel inminente adiós. Sabían que era para siempre y que aquel siempre no tendría retornos. Por eso andaban cabizbajos preparándolo todo sin hablar. Se les veía asomar la melancolía por los ojos deseando para sus adentros que todo aquéllo fuera sólo un juego pasajero y que pronto lo disipara la realidad.

Pero no había sueño que disipar y la realidad estaba allí con su irrefutable contundencia. Las minas estaban agotadas, los jales habían sido relavados y relavados, los estallidos de pólvora de los buscadores sólo abrían huecos estériles en la piedra colorada de los cerros que negaban para siempre el oro de sus entrañas.

Y a fin de cuentas, ¿a dónde había ido a parar todo aquel oro, que, por toneladas, se había sacado con sudor y sangre durante tantos años? Nunca, nadie me supo explicar que ellos fueron sólo herramientas humanas; que el oro ni lo habían conocido. Después de la molienda del metal se hacían los procesos de separación y aislamiento. Luego otros

lo empacaban en cajas de madera flejada y se lo llevaban sin que nadie supiera cuando. Después se sabía que, muchos días más tarde, las cajas dejaban el lomo de las mulas para embarcarse en tren "dizque pa la frontera".

Yo ya era grande cuando supe, por fin, que aquel oro iba para donde siempre: supe que cruzaba la frontera en Nogales. . .

Pero aunque esto, a los seis años, no me importara, jamás pude olvidar las caras enjutas y resacas de los que extrañan el metal y que, como Anselmo (y miles de Anselmos) se fueron muriendo de silicosis y desnutrición después de que un río de oro ajeno gastó sus manos y sus vidas.

LARGO CAMINO...

Llegaron los mineros a ayudarnos a cargar las mulas aquella última mañana cuando el alba todavía dormía. Habían pasado toda la noche sentados alrededor de una fogata platicando sobre el viaje con mi padre y bebiendo sotol de Chihuahua. Los olorosos cafés "con piquete" habían circulado constantemente para defenderlos del acoso helado de aquella noche de diciembre. Las tías, primas y abuelas venidas de Tarachi el día anterior, habían entrado y salido de la casa mil veces llevándoles tamales, carne asada y tortillas de harina. Habíamos pedido a mi padre pasar por Tarachi cuando saliéramos pero estaba en rumbo contrario y partiríamos del mineral directamente hacia lo desconocido. La noche entera tuvo un ambiente y un calor acogedor que contrastaba con el viento helado que soplaba por la cañada. Se habló siempre de lo mismo: del viaje, de lo que sería la travesía y se hablaría de eso durante mucho tiempo después de que nos hubiéramos ido. No era todos los días que un hombre de la sierra se lanzara a un mundo in-

cierto y desconocido con todo lo que tenía. Se sentía una mezcla de admiración y advertencia por la osadía de mi padre y todos querían contribuir con su ración de consejos y prevenciones. El sueño ya me había vencido cuando el tío Juan Antonio llegó del rancho de "La Rivercña" para ayudar a mi padre en los últimos arreglos y para acompañarnos en la etapa más larga del viaje.

Al alba, partimos con un grupo de jinetes detrás que nos encaminarían hasta el Puertecito del Aire. No me emocionó tanto el despedimos de la gente porque sabíamos que tarde o temprano nos seguirían, pero el lugar se quedaba, por eso no podíamos dejar de mirar hacia atrás cuando empezamos a cabalgar sendero arriba. Una tristeza definitiva nos invadió cuando paramos en lo alto para mirar por última vez la hondonada. Sentí compartirla con mis padres cuando noté su mirada. Todos recorrimos con los ojos la cañada, las grandes pendientes del Chomonqui, la eterna alfombra verde de encinares que se derramaba sobre las montañas que nos rodeaban. Nos dimos cuenta entonces de la belleza del lugar. Desde allí no se veían los terrenos de las minas, ni sus oscuras hoquedades. Todo era original, todo era esplendor intacto de la naturaleza. No lo volveríamos a ver, ésta era la confluencia de dos tiempos, un fin y un principio. Aquel momento se me quedó intacto en la mente

para hacerme desear toda la vida un regreso que me hiciera ver aquel lugar con ojos de adulto y con otro mundo metido por dentro. Era mi primer adiós definitivo. Mi padre volteó su caballo y suavemente jaló la rienda del zaino de mi madre. Ella volvió a mirar hacia abajo y se bebió con sus ojos el paisaje y con su mente el momento.

Y se inició la partida. Nadie habló por largo tiempo, el sol comenzaba a dorar toda la sierra y alargaba nuestras sombras contra los robles del camino. Ellos adelante, silenciosos, luego Trini y yo atados a nuestras cabalgaduras mansas, y más atrás, los hermanos pequeños José y María, como respondiendo a su calidad de gemelos, iban acomodados en sendos huacales, cada uno a un lado de la paciente mula retinta. El tío Juan Antonio y Ángel nos seguían con tres mulas que cargaban nuestras escasas pertenencias.

Y allí adelante, con su decisión hecha y su voluntad sin límite, iba mi padre, firme, callado, abriéndose paso por entre la vida. Me parecía un dios mirando de frente al mundo, y es que era un hombre tomando posesión de su destino.

Las nubes se tomaban de la mano para hacer rueda alrededor del majestuoso pico del San Ignacio, llamado el calendario de la sierra porque los campesinos se guiaban por él para saber si habría lluvia o nieve según el tipo de nubes que cubrieran

sus cumbres. De sus vertientes bajaban derramados los pinares y se esparcían por la cordillera. Yo llevaba todos los sentidos regados por la sierra y percibía cada ave, cada insecto, cada ciervo que reaccionaba ante la presencia humana en el camino.

Después de bajar y bajar, la senda comenzó a ensancharse. Los caballos trotaron gozosos al sentir arena suave bajo sus pezuñas y al oler el agua cercana. El ruido suave del río nos alegró los sentidos y un arrullo sedante nos invitó a acampar y refrescarnos. Y bordeamos la rivera por entre chicuras frescas y batamotes altos hasta encontrar un vado. Luego los cascos de los caballos chasquearon en el agua y en las piedras del fondo del río.

Ya al otro lado, y bajo la protección de un enorme aliso, hicimos nuestra primera pausa. Las bestias se lanzaron a beber con los frenos puestos y no fue posible librarles sin la ayuda de mi padre. Me parecía un gigante que podía con todo y una vez le aposté a mi hermano que él era capaz de derribar un pino, lazándolo y tirando de él, si se lo proponía. No llegué a perder la apuesta porque ninguno se atrevió a preguntárselo, pero lo cierto es que su fuerza de aserrador de madera del San Ignacio, nos daba un profundo sentido de protección. Mi madre debe haber sentido lo mismo y se deslizaba como en el aire atendiéndonos a todos, siempre

amable, siempre leve, con su gran capacidad para dar. Y así fue toda su vida.

Nosotros nos pusimos a correr por la arena de las orillas, salpicada de piedras redondas y finas y a tirar lajas en la superficie contando las veces que rebotaban en el agua transparente. Desde entonces siempre quiero detenerme en los ríos y jugar descalzo, buscando aquella misma libertad. Parece que todos los ríos, de todas las sierras de México, tienen eso y alguna hierba similar que huele igual a las de aquel río y que evoca la memoria a través del olfato.

Y se vino la noche. Con el murmullo suave del agua, era más grande el silencio. Las sombras de los cerros se recortaban contra el cielo todo poblado de mundos luminosos. Los ruidos lejanos de animales nocturnos alertaban el sueño liviano del miedo y, puesto boca arriba, mi padre fumaba tranquilo, con la noche encima y la mirada en las estrellas. Pude percibir la cascada mental que llevaba hacia atrás su memoria: pesaban sobre sus hombros los afanes del arriero y en sus dedos los cansancios del ordeñador de madrugada; tenía los callos de la reata de cuero domadora de potros salvajes y destrozadora de manos. Se le habían ido varios años en el serrucho derribando pinos y cargando vigas en mulas hispiadas o despeñadas por los voladeros. Sus espaldas hablaban de las descargadas al anochecer

como preludeo de la vuelta a cargar en la madrugada; de la sabaneada en la noche y la aparejada del amanecer; de la mula perdida de siempre y de la sequedad en la garganta y en el alma; de las tortillas de harina a la luz de la fogata y de la carne seca, polvosa, que le pareció comer por siglos. ¡Cómo costaba aquella madera! ¿Cuánto sería su batallar, que sólo las mulas y los locos podían con el corte, la bajada y el acarreo? Y luego, la lucha en la milpa, mirando suplicante las nubes y volviendo a mirar la siembra secándose. Y el rodeo del ganado para herrar en los días de invierno; cuántas pendientes arriesgando la vida detrás de un toro rebelde y los caballos despeñados y las vacas comidas por los lobos; cuántas temporadas invernales de nieve sin fin. Pero había un 15 de mayo cuando todos irían “tipiados” con sus mejores botas y monturas a enfrentar los toros bravos en el ruedo de piedra de Tarachi; cuando montarían los potros cerreros sintiendo venganza en el tintinear de sus espuelas. Al son de la banda del río Corodepe se prenderían como avispas sobre los lomos de los toros y los echarían contra la multitud de toreros de a pie y de a caballo que darían pases a la fiera reluciendo sus más vistosas gualdrapas y patearían el suelo de gusto o morderían el polvo inundados de bacanora, en un tropel de fiesta colectiva que duraría noches y días...

Se levantó muy temprano y anduvo como sombra tenue arreglándolo todo. Nos despertó cuando ya era de día y había que lanzarse de nuevo por aquel sendero que más parecía un hilo enredado en la sierra. Todo le era natural; las montañas y el trabajo; el río y su responsabilidad, los bosques y su familia. Y allí iba sin temor, con esperanza lenta de la que no se va y serenidad estable de la que dura. Había dejado todo atrás sin saber lo que habría hacia adelante y lo enfrentaba sin ansiedad y solo; sin el apoyo de predecesores que le indicaran el camino.

Empezamos a subir de nuevo hacia una cordillera interminable. Cada vez que nos enfrentábamos a una nueva cadena de montañas, me parecía que al otro lado debía estar ya nuestro destino. No podía estar tan lejos, el mundo no podía ser tan grande. Una sensación de inmensidad me invadía cuando, después de días de camino, alcanzábamos la cumbre sólo para divisar otra muralla azul enfrente, también sin fin. ¿Era por eso que esta enormidad se llamaba Sierra Madre?

Un corredor largo con un río en el fondo precedía a cada cordillera. Aquellas corrientes lentas se abrían paso entre acantilados con el martillo

de la erosión. Esos eran nuestros descansos, allí haríamos todas nuestras paradas.

Aquellos estrechos vallecitos alargados estaban salpicados de aldeas remotas compuestas por unas cuantas casas de adobe rojizo y de techos de tabletas de pino o de paja mezclada con lodo. Desde las laderas por donde bajábamos, percibíamos siempre el alboroto que se formaba cuando distinguían, a lo lejos, una caravana de gente a caballo. Se divisaban niños correr de casa en casa y despertaban el somnoliento ambiente los ladridos de los perros. Las mujeres se parapetaban en las rendijas con ojos expectantes y los hombres se aprestaban a adivinar la procedencia de los viajeros. Cuando por fin entrábamos a la aldea, el ajetreo era total y hasta los ancianos acudían sobre sus bordones vacilantes a curiosear en torno a los extraños caminantes. Luego llegábamos a la primera puerta que encontrábamos abierta y hacíamos la primera pregunta. Nos brindaban café caliente y nos invitaban a pasar la noche, ciertos de que a mucha distancia no habría ningún otro refugio. ¿Cuántos éramos y cuánta hambre traíamos? No importaba, la generosidad de aquella gente no reparaba jamás en esos detalles. Hasta pasto seco de sus corrales aprestaban inmediatamente para nuestras cansadas bestias. Luego, la plática nocturna con medio cen-

tenar de curiosos rodeando al grupo y la partida antes del amanecer, dejándoles un tema para platicar durante mucho tiempo. Así nos recibió el Cajón de Onapa, Huaycora y otras aldeas.

Pero nos gustaron más las paradas en los ranchos que siempre están en algún recodo de la sierra y a la orilla de un corral que huele a estiércol y quelite. Babatoche era así. Tenía un arroyo claro sombreado por enormes alisos y la cabaña estaba impregnada de olores a queso fresco y mantequilla goteante. Allí vivía, desde hacía cuarenta y dos años, un antiguo taracheño conocido de mi padre que apreciaba jubiloso a los visitantes de su lejano pueblo. Un mugir de vacas nos rodeó toda la noche, mientras que la fogata chispeaba con la grasa que caía de la parrilla que doraba costillas de becerro y tortillas de harina. Y la plática se extendió hasta la madrugada, cuando don Alfonso Ocaña dio las últimas instrucciones sobre cómo proseguir el camino. Al día siguiente nos acompañó hasta que empezó la tarde y no se regresó hasta estar seguro de que no equivocáramos la senda.

¡Y qué camino era aquel! La Sierra Madre Occidental es la derrota del desierto. El mar le queda distante y entre ambos una llanura hostil se extiende soberana. Es la continuación del desierto más atroz del continente americano que pe-

reció quemado en las arenas de Altar. La muralla de la sierra atajó la llanura, pero ésta reaccionó derramando mezquites, cactus y vinoramas sobre el lado seco de la cordillera, esa vegetación baja y tupida que más parece una maraña de alambres espinudos. Aquí empezaba la última gran bajada y los encinares y los pinos quedarían atrás para siempre. Buscando el agua, la cordillera se abre aquí en cañones rocosos para perder la similitud con su hermana oriental, que a dos mil quinientos kilómetros de distancia, se derrama suave y verde sobre el trópico del Golfo de México. Hasta mucho después me daría cuenta de la increíble variedad natural de este país de magias geográficas.

Nos dio camino abajo aquel vaquero amable que más parecía una porción de paisaje. Estrechamos su mano callosa y trabajadora y su cuerpo seco y ágil trepó a su cabalgadura con la facilidad de alguien que ha montado por siglos. Era como un símbolo de todos los vaqueros de la sierra y su rancho fue como un oasis de calor y descanso, a la mitad del camino.

La vereda se desplomó cerro abajo y los cascotes de los caballos chispearon sobre la piedra quebrada de un sendero abierto a golpes de voluntad por los arrieros que habían bajado durante largo tiempo a Tónichi. La vegetación espinosa cedía el paso en el suelo, pero las ramas de uno y otro lado se

juntaban arriba haciendo una maraña de espinas frente a nuestras caras. A veces teníamos que untarnos sobre el lomo de los caballos, para evitar aquellas garras vegetales crispadas frente a los ojos.

—Dicen que por aquí bajó don Nazario Rascón hace muchos años, con un atajo de mulas aparejadas —dijo mi padre.

—¿Y es cierto que bajó hasta el mar? —preguntamos todos.

—Iba a traer sal hasta cerca de Guaymas —respondió.

—Hizo un mes de camino pero trajo suficiente para salar todos los cueros de Tarachi.

Desde entonces aquella hostilidad hecha camino, fue cediendo el paso a las caravanas de arrieros que bajaban a Tónichi con los productos de la sierra.

**“FUE EN LOS TIEMPOS EN QUE VALÍA
MÁS LA VIDA DE UN HOMBRE...”**

Aquel sendero hostil debió estimular en el tío Juan Antonio el recuerdo de otro camino igualmente difícil, porque de pronto comenzó diciendo:

—Fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre que todo el oro de todas las minas de Sonora. Y empezó a contarnos que, una vez, venían él y el tío Sabás por lo más alto de la cordillera, habiendo cruzado desde San Pedro Madera, cuando distinguieron a lo lejos un enorme atajo de casi cuarenta mulas cargadas.

—Iban rumbo a Chihuahua —dijo— y ocupaban el camino por un largo trecho. Por eso, uno de ellos se adelantó para pedirnos el paso y como traíamos sólo seis mulas, las hicimos a un lado cuidando de que no se desparramaran.

Y luego contó que empezaron a pasar como una interminable caravana, en pesada fila de carga dirigida a base de gritos de los arrieros. Iban cuesta abajo y tenían que bajar hasta donde se angostaba una profunda barranca que había que cruzar sobre

un puente colgante. Era un tramo atroz del camino y ellos ponían todo su esfuerzo en controlar el atajo, bajando y subiendo en sus caballos, cruzando y espueleando en una batallosa e ingrata tarea.

—Serían unos diez —dijo —pero atrás notamos a dos enchaparrados con rifles en la mano y reconocimos que eran de esos guardias que llamaban “los conductas”. Fue hasta entonces que nos dimos cuenta de que las mulas iban cargadas con barras de oro.

—Y siempre decían que sólo llevaban plata —comentó mi padre.

El caso es que de repente, tres mulas se desprendieron de la hilera y empezaron a bajar por la falda del camino. Uno de los guardianes comprendiendo el peligro de que se despeñaran, enfiló su caballo cuesta abajo para regresarlas y cuando casi lo había logrado, su caballo resbaló sobre las patas traseras rodando violentamente ante los ojos azorados de todos. Dos gruesos troncos de encino detuvieron a caballo y jinete y, al tratar de incorporarse, un disparo sordo les heló la sangre. Luego ambos quedaron quietos.

Una estampida de ayuda acudió hacia ellos, logrando subirlos a un lugar seguro sólo para descubrir que el hombre tenía una pierna perforada dos veces por una bala de su Mauser. Inmediatamente se inició una febril actividad de socorro. Unos

ataban pañuelos enrollados al herido, mientras que otros buscaban alcohol en sus alforjas. Sólo encontraron aguardiente y lo derramaron en las heridas y luego lo dieron a beber al caído. Otros le hablaban calmándolo, mientras que los más cortaban palos para hacer una camilla, arrastrando al tío Sabás en aquel torbellino de socorro. Cuando dominaron la situación, cuidadosamente lo fueron bajando hasta alcanzar el plan, para luego organizar la cuadrilla que lo llevaría hasta el primer pueblo que encontraran.

Un disparo sofocado y tardío sonó hacia atrás, manejado por la mano piadosa de otro vaquero, que terminaba así la vida del caballo que se había roto sus dos patas traseras.

—¿Y las mulas cargadas de oro? —pregunté apresurado.

—Bueno, pues, en todo eso, nadie se acordó de las mulas —contestó mi tío. —Fue hasta más tarde, cuando ya se habían asegurado del envío del herido, que de pronto los volvió, como un relámpago, la preocupación por las mulas. Y aquello fue un ir y venir; un correr y gritar hasta que ya exhaustos y casi al filo de la noche, lograron reunir las de nuevo ya al borde de la entrada al puente colgante.

—Sí, dijo mi padre —fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre...

TORIBIO

El camino mejoró un poco y la historia recién contada nos había refrescado la imaginación y hecho olvidar, por un buen rato, nuestra fatiga. Así caminamos por horas, hasta que de repente, algo llamó mi atención en la otra banda de la cañada. Y allí, con toda su hermosa majestad, descubrí un magnífico animal que pastaba nerviosamente, levantando a cada instante su orgullosa cornamenta.

—Un venado —grité.

—Pronto, el rifle —inquirió mi padre. Pero ya era tarde y aquella belleza astada había desaparecido con la velocidad de un relámpago.

—¿Era grande? —me preguntó mi madre.

—Sí, —contesté—, tan grande como un caballo.

—Cállate, Toribio —respondió ella; y entonces me entró la curiosidad por saber por qué me llamaba Toribio y le insistí con tal vehemencia, que accedió por fin a contarme el origen de aquella expresión.

Toribio: arriero de lobos, cazador de leones mon-

taraces, escalador de cascadas, había hecho de la mentira un arte y había llevado ese arte a tal altura que su imaginación tenía ya por ciertas las historias que armaba. Fue el primer juglar de la sierra y a pesar de que todos se burlaban de sus mentiras, éstas eran famosas por todos los pueblos y ranchos de la cordillera. Por las noches, cuando Toribio se sentaba a platicar, todos hacían rueda y guardaban silencio. Sentados en cuclillas, en la oscuridad de la calle, donde sólo se distinguían las luciérnagas de sus cigarros, escuchaban atentos y había un acuerdo tácito de oír todo lo que contara con absoluta seriedad, como si fuera cierto. Nadie hacía el menor comentario y nadie ponía en duda lo que él relataba. Era como si en el momento que lo contaba fuera verdad y sólo después, la realidad viniera impertinente a romper la momentánea ilusión nacida de la mentirosa gracia de sus historias.

—Oigan —decía— fijense que una vez...

Una vez venía del rancho del Sonogori cuando divisé que por las faldas bajaban varios lobos. Había uno blanco, enorme, que parecía ser el guía de la manada. Como iba yo por el arroyo, no podía escapar hacia abajo y detuve el caballo para emprender la carrera arroyo arriba. En eso oí el aullido de varios lobos más hacia ese rumbo y entonces me dí cuenta de que estaba rodeado. Los

dos burros que traía cargados, se pusieron locos de espanto y pasé mucho trabajo pa meterlos al orden. Cuando ya estaban las fieras a punto de atacar, no se me ocurrió mas que echar de alaridos y lo hice con tanta fuerza, que se detuvieron sorprendidas. Yo aproveché el momento y me encaminé hacia ellos echándoles gritos de arriero. Cuál no sería mi sorpresa que asustados y dóciles empezaron a arrimarse a los burros y caminar junto a ellos. Yo creo que andaban perdidos porque tuve entonces que arriarlos por mucho tiempo hasta que llegando a Los Pilares, ya para descolgarnos para Tarachi, la grita de las fiestas de mayo me los espantó y no pude traerlos hasta la plaza como lo había decidido.

En otra ocasión, Toribio se quejó ante todos de un accidente.

—Y miren, —dijo— miren cómo vengo arañado.

Y entonces contó que andaba por las montañas boscosas que rodean el rancho del Llano Colorado, cuando decidió parar para comer y descansar un rato, amarró el caballo porque notó que no quería quedarse quieto, presa de un extraño nerviosismo. Luego hizo una fogata y calentó su comida. El caballo seguía nervioso. Al terminar de comer, apagó las brasas con un puño de tierra y se tendió a dormir la siesta debajo de un gran pino.

No bien se había dormido cuando fue despertado por unas ramitas que le caían desde el árbol directo a la cara. Se movió un poco y siguió durmiendo. Apenas se iba quedando, cuando de nuevo lo despertaron las ramas que caían y entonces decidió averiguar lo que pasaba. En cuanto se movió, otra rama mucho más grande se vino abajo y él, alarmando, alargó la mano, sacó el rifle y todavía acostado bocarriba, disparó hacia la copa del pino. Un enorme bulto se desplomó cayéndole encima y entablado una salvaje lucha, sin darle tiempo de nada. Él se defendió con denuedo hasta que la fiera fue quedándose quieta, muriendo a causa del tiro. Fue hasta entonces que se dio cuenta de que acababa de matar a un león de montaña, a un mortal asesino de ganado que había assolado aquel rancho durante toda la temporada.

—Es por eso que vengo todo arañado —dijo.

Y así mantenía su prestigio de gran conversador y de ser la imaginación más clara de las sierras. Pasado algún tiempo, decidía que ya era hora de que le pasara otra aventura y ante la mirada atenta de todos, empezaba a contar de nuevo:

—Los leones comevacas de Tecorida son muy peligrosos pa la gente —dijo un día— y de inmediato todos lo rodearon para oír la inminente mentira.

—Los cabrones son capaces de perseguirlo a uno hasta acorralarlo. El otro día me encontré con uno a la vuelta del camino, cerca del arroyo grande de las Pilas Huecas. Como ese día no traía el rifle, pos no me quedó mas que correr. Y pa acabarla de joder andaba a pie. Cuando ya no hallé que hacer, empecé la carrera arroyo arriba, des-pavorido, con el león en los talones. Cuál no sería mi suerte que me topé con la cascada que está más arriba de los relices colorados, mientras que el animal se acercaba. Ya cuando estaba a unos metros y no hallando otra cosa que hacer, empecé a trepar por el chorro de agua, pero al voltear hacia abajo, me paralizó el espanto porque la maldita fiera empezó a subir también. Entonces no tuve mas que sacar mi cuchillo y cortar el chorro y desde arriba, todavía asustado, lo vi cómo se despeñaba hacia abajo y se mataba entre las piedras.

Esta vez si hubo protestas y él comprendiendo que se le había pasado la mano, se fue preocupado a pensar en historias más creíbles.

Fue así como todos se perdieron de sus relatos sobre aquellos hermosos conejos del tamaño de los venados que él había visto por los arroyos y aquellas enormes águilas amarillas que bajaban a toda velocidad del cielo levantando un becerro entre las garras y elevándose con él hasta perderse de vista.

Este era Toribio, vaquero de la imaginación que más debió ser escritor de hazañas fantásticas. Pero él sin escribir nada, alcanzó más fama que todos los que escribieron.

—Y fue tal su altura, que desde entonces en esas regiones, se les llama Toribios a todos los mentirosos de la tierra —concluyó mi madre.

MAXIMINO SALAYANDÍA

Largo camino sembrado de trabajos sin fin; fatigoso avanzar con lentitud de caravana. Pero las historias de la sierra iban atenuando los cansancios y llenando de vuelos la imaginación. Por eso presionábamos, a la menor oportunidad, los recuerdos de mis padres y les extraíamos trozos de pasado que andaban desperdigados por sus vidas. Les arrancamos así tristes relatos de los que se habían ido para siempre, arrastrando una tragedia entre las espuelas, como mi abuelo Isidro; melancólicas remembranzas de una juventud que apenas empezaba a hacérseles madurez y graciosas historias salpicadas de ficción como la de aquel visitador de pueblos y recorredor de caminos que se había llamado Maximino Salayandía.

Era anterior a Toribio y su identidad estaba ya borrosa por la erosión de los años al grado de fundirse con la leyenda. Por eso nadie supo nunca de donde era originario y a donde tendría que regresar. Lo cierto es que un día llegó al pueblo todo agitado en entusiasmo, pidiendo que lo escucharan.

Todos sabían que cuando venía en ese estado contaba sus mejores mentiras, así que lo rodearon para enterarse de su nueva aventura. Él, con su seguridad de siempre, empezó a relatar que venía del rumbo de Tezopiri cuando divisó un venado pasando cerca de un gran encino. De un salto se bajó del caballo sacando el rifle en el mismo movimiento; el venado levantaba la cabeza para ventearlo cuando él le soltó el tiro. Cuál no sería su sorpresa que la bala atravesó al animal yéndose a incrustar en el tronco del encino. Cuando llegó a levantar su presa la notó salpicada de miel y era que en el tronco había un gran panal y la bala lo había alcanzado haciendo brotar un chorro amarillo de miel. Entonces, se aprestó a tapar el agujero para no perder el líquido y, al estirar el brazo para alcanzar un manojo de hierba, agarró una liebre por las orejas. Como eso no era lo que quería en aquel momento, la estrelló contra un matorro matando con ella un charco de codornices. En eso se escuchó el aullido de un lobo que había olido la carne del venado, por lo que tuvo que cargar apurado el venado, la liebre, las codornices y la miel en la mula y huir despavorido. La carrera hizo que la carga se desparpajara "por eso vine chorreando miel y sangre por todo el camino", dijo.

Como hubo burlas por el grosor de la mentira, él los desafió a que fueran al corral a ver la mula.

Aceptaron el reto y para su sorpresa la encontraron allí, cargada con un venado, un panal en pedazos, varias codornices y una liebre larga y moteada, todo en un desorden digno de una estampida. Él, con una sonrisa leve y disimulada, les dejó colgada la duda en los ojos de interrogación que pusieron.

Todavía les duraba aquella sorpresa cuando un día lo vieron bajar por el lado del Agua Salada con la montura a cuestas. Estaba visto que algo semejante le había sucedido porque traía reflejada en la cara la expresión excitada de otra aventura increíble. Ya que se había asegurado la atención de todos, empezó a contar que, en la cuesta de La Mala Noche había parado a dormir pues venía rendido de tanto trajinar por los pueblos cumpliendo su oficio de entregar la correspondencia. Así que "sabaneó" la mula y se puso a dormir sobre los bultos usando la montura como almohada.

Era todavía la madrugada cuando se levantó para ir a traer la mula. A lo lejos, entre el breñal que está cerca de las cuevas, divisó el bulto tordillo de su bestia en la tenue oscuridad, la lazó y regresó a su campamento para terminar con los arreglos y salir antes de que aclarara.

Cuando emprendió el camino notó que el paso de la mula era muy extraño pero se despreocupó decidiendo esperar a que amaneciera para revisarle

las herraduras. Al rato le empezó a extrañar también el tamaño de la mula y su raro comportamiento, hasta que empezó a oír que gruñía. Intrigado, y ya que la claridad primera del día estaba llegando, desmontó sólo para quedarse paralizado por la sorpresa: lo que había lazado, ensillado y cabalgado, no era su mula sino un enorme oso, “de los que tienen sus madrigueras en las cuevas y se roban los elotes”, dijo.

Tuvo después que perseguirlo todo el día para quitarle la montura, hasta que la fiera se la arrancó contra los árboles y las rocas de la cañada.

Después él supuso que aquel maldito animal de uña había matado a su mula y la habría arrastrado hacia las cuevas pues no pudo encontrar rastro alguno. “No tuve más remedio que echarme la montura al lomo y hacer todo el camino a pie”, afirmó. Luego, todos se acercaron a ver la montura y encontraron que estaba llena de pelos y que olía toda a oso montuno.

Así fue sembrando su ingenio entre los pueblos de la sierra, a tal grado que ya nadie sabía si escucharlo con burla o creer por lo menos una parte de sus fantasías. Fue él quien platicó haber visto a los habitantes de Bámori echando al agua el alambre de púas para que se ablandara y haciendo un boquete en el techo de la iglesia para sacar

un carrizo largo que se había quedado adentro durante su construcción.

—Como el carrizo había quedado parado —platicó— no se les ocurrió otra manera de sacarlo. Desde entonces le llaman bamoreño al que suelte una opinión absurda o dé muestras claras de ser muy bruto.

Y un día no volvió más, los pueblos se preguntaban unos a otros por Maximino Salayandía, pero éste no reapareció jamás por ninguno de ellos. Algunos dicen que murió del corazón porque un día que se agitó mucho durante un rodeo, sintió desfallecer y se sentó bajo un encino a decirle a su corazón: ¡no se me raje cabrón, porque nos morimos juntos!

Por lo menos eso aseguran haberle oído decir. Lo cierto es que él dejó su duda y su gracia dispersa por toda la sierra hasta que el recuerdo de todos lo recogió como a una leyenda.

LAS PENAS AL RÍO

Y es que las gentes de por allá arriba son así, cuelgan en un horcón sus penas y sus rencores y cuando ya están secos, “como ubres de vaca vieja”, los echan al río.

Sólo guardan los recuerdos, y no todos. Sólo los buenos. Pero hay algunos que no habiendo podido secar sus penas, vuelven para ver si pueden sacárselas a jalones en el mismo lugar donde se les prendieron a las extrañas.

—Aquí están todavía las rayitas que marcábamos en el tronco del nogal viejo para medir cómo íbamos creciendo cada temporada de ordeña cuando veníamos a prensar los quesos, a colar la mantequilla en un talego y a levantar la milpa

—¿Y no le dan ganas de llorar, Compa Abelardo, nomás de acordarse?

—Y pa qué Compa, pero si con eso volvieran aquellos tiempos, orita mismo me soltaba lagrimeando como aguacero de agosto. Pero ya pa qué Compa, ya pa qué.

Iba diciendo todo esto mientras recogía recuer-

dos que estaban desperdigados por todo el rancho. Lo hacía con la intención de echárselos al costal del olvido, pero sólo consiguió meterlos en el saco del corazón por lo que tuvo que voltearse para otro lado y tomar entre las manos un elote tierno que empezó a deshojar sin darse cuenta.

Hizo todo esto apurado como para evitar que la melancolía, que ya lo venía invadiendo del pecho hacia arriba, se le derramara por los ojos. Luego empezó a caminar alrededor de la cabaña, le dio una vuelta al corral y cuando el olor a rancho recién llovido, a lamedero de vacas, a coyundas de yugo transpirado y a hierbas de "las aguas" lo invadieron hasta sus adentros: lanzó al aire un alarido, trepó de un salto al caballo sorprendido y emprendió una violenta carrera que lo llevó a las orillas del arroyo como una exhalación escapada que arrasaba con batamotes y chicuras mientras serpenteaba por entre los enormes sauces de la rivera.

Aquel repentino estallido; aquel desahogo frenético nos tomó por sorpresa dejándonos como paralizados mientras él gritaba encarrerado:

—¡Allí nos bañábamos durante las aguas!— y se dejaba ir con todo y caballo al remanso.

—Pero entonces era más hondo— y salía chorreando torrentes de la montura y de las chaparreras.

—Las barbas de los elotes olían igual—, el alarido, y se desbocaba por entre el maizal.

—La corriente arrastraba un ruido pedregoso bajo del agua—, el grito, y las herraduras del animal chasqueando en las lajas y soltando chispas.

Otra carrera y esta vez le oímos gritar: —Por ese paredón colorado nos echábamos a rodar. Y se vino barriendo el talud con el trasero de la bestia que pareció perder el equilibrio y voltearse sobre sí misma aplastándolo. Pero surgió de nuevo de entre el agua, todavía montado en el animal, para gritar otra vez: —Y está todo igual Compa, todavía igual. ¡Por vida de Dios! ¡Por vida de Dios que sí me dan ganas de llorar!

Eso le oímos decir la última vez que pasó rozándonos con su viento y nos pareció que ya se le iba deshebrando aquella maraña de recuerdos que como divispero traía enredada en la cabeza.

Hasta que hombre y bestia, todos anegados en sudor y agua, todos temblor trepidante, se detuvieron sin aliento junto al robusto nogal y él se sentó a dejar fluir un llanto silencioso mientras rastreaba con la mirada su alrededor tratando de comprender cuánto deleite, cuánto dolor y cuánto olvido pudo meter la vida en aquel solo lugar.

El caballo, mientras tanto, le olía con curiosidad el cabello empapado.

Cuando nos dimos cuenta de su situación, quisimos acercarnos pero Nazario nos detuvo: —Déjenlo —dijo—, dejen que le salga todo el pesar junto pa que quede livianito y pueda ver todo esto con los ojos limpios otra vez. Nos mantuvimos alejados, pero no pudimos ignorar el ruido de sus pensamientos que podían sentirse hasta por fuera de su cabeza. Hasta que con voz baja de resignación pudo decir como para sí mismo. —¡Por allí entró la centella... y no fue un rayo, Compa, fue una maldita centella!

Lo dijo como ausente mientras clavaba la vista en el hueco del techo de la cabaña por donde salía el humo del fogón. Y se le vino el pasado encima. Una de sus ráfagas lo arrastró hasta el día en que sus ojos de niño se llenaron con los colores de la sierra al ir cabalgando en ancas del caballo de su padre, agarrado a su cintura y sintiendo entrar por todos los sentidos los olores esparcidos por el anís tierno, por el orégano silvestre y por los manzanillales que, mecidos por el viento, oscilaban abejas en sus corolas amarillas.

Llegaron a El Nogal cuando el sol ya había secado las hojas aterciopeladas de los encinos. Los abuelos ya llevaban buena parte de las aguas allí y los recibieron con gusto sereno y cariñoso. Luego fue izado en el aire por unos tíos contentos y fuertes y los perros lo saludaron, haciendo dibujos invisibles.

bles en el aire con sus colas inquietas. Por la tarde llegaron los vaqueros echando alaridos a una manada de becerros tiernos que encerraron en el corral mientras las mujeres preparaban las cesinas y juntaban leños.

Y llegó la noche. La fogata empezó a dorar la obscuridad y los elotes tiernos, echados al fuego con todo y hojas, empezaron a tronar mientras que las brazas chirriaban con la grasa de las costillas gordas. Luego la noche se pobló de ruidos silenciosos y se salpicó toda de luciérnagas furtivas.

Allí estaban todos: el abuelo encanecido con su cara adornada por surcos profundos esculpidos por los soles y vientos del campo; los tíos jóvenes y afables; las tías dóciles y esclavizadas por sendos bebés de pecho; la abuela, sombra ligera y diligente que se deslizaba sirviendo a todos, y sus padres, todo juventud y entusiasmo de progenitores prematuros.

Por esos días todos habían abandonado el pueblo (como todos los años) para ir a pasar "la ordeña" en los ranchos que, desperdigados por la sierra, lo rodeaban en todas direcciones. No volverían sino hasta que los pastos de septiembre empezaran a amarillear por las laderas y hasta que las "cajas" de las vacas empezaran a secarse. Entonces regresaría una familia tras otra con su cargamento de quesos, sus ollas de mantequilla y sus costales de mazorcas recién cortadas. Los viejos vendrían por

los faldeos meditando sobre el número de vacas que les habían parido en la temporada y sobre cuáles crías serían para cuál hijo. Conocían cada animal por su nombre y costumbres y sabían dónde las encontrarían al año siguiente acompañadas de un nuevo ternero todavía tembloroso y vacilante.

Su último hermano estaba todavía bebé y no se enteraba de nada que no fuera la leche tibia del pecho, todavía duro, de su madre. Pero él tenía ya sus deberes y debía cumplirlos antes de la salida del sol, frente a la puerta del corral de los becerros, cuidando que cada uno saliera a su tiempo una vez que sus madres habían sido ordeñadas. Después éstas saldrían hacia el monte a pastar libremente para regresar la mañana siguiente lanzando llamados a sus becerros y trayendo su contribución de leche.

Toda una infancia de cálida protección y de una libertad tan ancha como la sierra, precedió a una adolescencia que llegó demasiado pronto. Y una mañana se despertó inquieto pensando en la hora en que el tío Amadeo llegaría con su familia para pasar el resto de las aguas en el rancho. La idea de tener primos con quienes compartir correrías era un premio adicional con que no contaba. Iba a enseñarles tantas cosas y ellos lo seguirían como mansos aprendices cuando los guiara por el desfiladero del otro lado del potrero —pensó—

mientras caminaba hacia todos lados como para asegurarse de que todo estaba donde siempre. De regreso rodeó el remanso, fue a dar varias vueltas al corral y terminó en la mina abandonada. Luego se dejó venir rondando por el terreno de "jales" y apenas alcanzaba el plan cuando tuvo que levantarse apresurado y regresar jadeante al oír que los perros anunciaron una inminente llegada.

Y aparecieron jinetes al otro lado del arroyo mientras su padre montaba a pelo el primer potro disponible y salía a su encuentro. Él recordaba que sus primos eran como de su edad pero no que hubiera una prima mayor. Se dio cuenta entonces de que nunca antes se había percatado de su existencia. Sólo recordaba que una vez había oído a su padre decir: —¡Pobre de Amadeo, es la primera parición de su mujer y le toca que sea hembra! Sin embargo, cuando las pezuñas chasquearon en el arroyo fue la primera persona que notó y cuando se acercó a cruzar con ella un tímido saludo, sus ojos de profundidad lacustre lo dejaron como flotando en nubes algodonosas. Desde ese momento, sus primos pasaron a un plano de inexistencia y una sensación, mitad deleite, mitad temor, empezó a apoderarse de su ánimo. Pasó la noche entera tratando de explicarse aquello sin que sus catorce años pudieran darle una respuesta.

A la mañana siguiente tuvo que soportar los gritos furiosos de los vaqueros porque al estar cabeceando de sueño, los becerros se le escurrían por entre las piernas e iban a embestir las "cajas" de las vacas en plena ordeña haciendo un volteadero de baldes rebosantes de leche tibia y espumosa. Los gritos lo sacaron a la realidad cuando su padre estaba ya por terciarlo a pialerazos.

Pero vinieron las tardes de libre chapoteo con sus primos, en el remanso claro del arroyo y el rodar por el paredón colorado para ir a parar en el agua transparente de fin de lluvias. Luego los guió por todos los rincones del potrero y les confió secretos sobre los lugares donde podrían divisarse grandes venados y sobre ondonadas donde era mejor no internarse porque se aparecían animales deformes "que hablaban como la gente", les dijo.

Pero la admiración de sus primos había dejado de interesarle. Esto le causó un sentimiento de extrañeza que lo llevó a refugiarse en el túnel de la mina donde le dio por solazarse por horas imaginando cerca los ojos adormecidos y las mejillas aduraznadas de su prima Rosalinda. La búsqueda gritona de sus primos venía siempre a obligarlo a abandonar su refugio y él salía como flotando en un aire florido para guiarlos en juegos que, desde hacía tan poco, habían perdido su interés.

Hasta que la lluvia violenta de una mañana de fines de agosto los sorprendió en el quelital de la milpa y tuvieron que correr en busca de refugio. En plena carrera, pensó en la mina. Rosalinda iba aterrada por los relámpagos y sintió la salvación en aquel hueco oscuro y seco. Mientras las risas traviesas de sus primos llenaban de ecos el túnel, la tempestad llenaba de truenos la sierra y el miedo y la oscuridad le dieron una mano toda llena de temblores. El terror por los truenos del cielo le duraría toda la vida —contaría más tarde—. —Y es que ella sabía que la perseguían —dijo también miles de veces durante las incontables ocasiones en que trató de arrancarse el recuerdo—. Pero en aquel momento, aquella mano le hizo sentir que paraísos enteros entraban por sus dedos e iban a parar hasta los rincones más deshabitados de su ser. Ella intuyó su palpitante respuesta y sintió ruborizarse mientras el sentimiento de protección se le transformaba en un subterráneo estremecimiento.

Cuando el viento quiso que la lluvia mojara otros verdores, tuvieron que salir y entonces él buscó los ojos de Rosalinda y éstos lo esquivaron. Entonces no supo si aquello había sido sólo uno de sus sueños.

La siguiente tarde que fueron al estanque notó, por primera vez, las formas de Rosalinda bajo

su camisón empapado y un extrañío desasosiego empezó a pasearse por sus adentros.

De vuelta del pastoreo notó un día que comenzaban a caer las primeras hojas de los encinos y que las hierbas estaban cambiando de color. Supo entonces que se iban las lluvias y con ellas sus primos. La algaraza de los pavos silvestres había desaparecido días atrás —notó— y los echaderos se notaban cada vez más vacíos porque el ganado iba mudándose lentamente hacia los abrevaderos.

El corazón le saltó en el pecho “como pollo recién degollado”, (nos dijo cuando nos lo contaba) la noche que oyó a su padre hablando con su tío desde arriba del zarzo de los quesos para recordarle que había que levantarse más temprano para ir a buscar las mulas. Y ya no le cupo duda: mulas, aparejos, zarzos y quesos, no podían significar mas que viaje.

Se pasó la noche (“maldita costumbre que me ha durado toda la vida”) buscando entre sueños los ojos lacustres. Y los encontró la mañana siguiente diciéndole adiós, desde arriba de su cabalgadura en una mirada que duró hasta la otra rivera del arroyo y hasta que su figura se perdió entre las demás que subían las pendientes del cerro de enfrente. El encinar los desapareció cuando él todavía escurría su mirada por entre lejanías hasta que su vista regresó arrastrada por la volun-

dad de ocultar una pesada melancolía que amenazaba con mostrársele en el rostro.

Y ya no tuvo paz. Una inquietud desolada lo llevó a preguntar a su tío Nazario que cuánto tiempo faltaba para “levantar el rancho” y regresar al pueblo. Nazario lo miró dos veces antes de contestarle:

—¿Y ora tú, por qué quieres saber eso, tú que siempre andas a friega y friega preguntando cuándo se llega el momento de venirnos p'al Nogal?

—Bueno, pues, nomás... —balbuceó confuso, temiendo que su tío notara su turbación.

Apenas había transpuesto los cerros del Peñasco Gordo cuando empezaron a ver otras familias que también habían terminado su temporada de ordeña y se dirigían al pueblo tras las mulas cargadas con la cosecha de las aguas. Cuando desembocaron en el Llano Colorado, más familias se unieron al camino, y para cuando bajaron al Arroyo Hondo, parecía que todos habían decidido llegar al pueblo el día en que la primera migración de golondrinas emprendía el vuelo. Éstas no regresarían sino hasta el siguiente verano, precisamente cuando la gente estuviera saliendo para los ranchos al impulso de un ¡vámonos al rancho que ya están llegando las golondrinas!

Al día siguiente ya flotaba en el ambiente la fiesta del 15 de septiembre. Por las calles del pue-

blo ya paseaban briosos y cubiertos con gualdrapas de colores los caballos de "la carrera". Las apuestas se concertaban entre grupitos de hombres que, sentados en cuclillas, hablaban mientras rayaban el suelo. Los cohetes habían empezado a tronar desde la madrugada y las máquinas de coser echaban humo bajo el apuro excitado de muchachas impacientes que cosían colores para adornarse y alegrar con ellos el ruedo de los toros. Rosalinda estaba hilvanando puras ansiedades porque todavía no sabía si Abelardo había regresado del rancho. Había decidido (ahora que tenía permiso para bailar por haber cumplido los 15) que no compartiría aquel momento sino con él. Blasa Bermúdez quiso acabar con aquella ansiedad y echó a correr una gallina calle abajo para que Rosalinda, persiguiéndola, pudiera pasar frente a la casa de Abelardo y enterarse si la familia había llegado.

Amaneció, por fin, el día 15 con cohetes de colores, "cuetes" de mezcal. Los hombres empezaron a pasear en sus caballos "de estima" luciendo monturas recién encebadas. Habían lustrado sus chaparreras y arrastraban capotes de colores que, colocados en la grupa de los caballos, colgaban hasta el suelo barriéndolo en dirección del ruedo mientras que las mujeres preparaban el tesguino y los tepa-

ches que cada casa debería brindar “a quién que se parará en su puerta”.

Y aquel baño de colores diurnos y de música; aquel pulular de jinetes y aquel rodeo de toros salvajes, que impregnaban todo de fiesta, le pareció a Rosalinda sólo un prelude. Todo el día le tembló el ánimo pensando en que todo aquello remataría en la placita de baile que recién regada olía ya a tierra fresca y a adornos de pino acabados de cortar.

Cuando sus cuerpos se tocaron en la rigidez de un baile tímido y torpe, los arrastró el arrobaamiento y ya no supieron más de sí.

Desde entonces, nada tendría ningún interés en sus vidas si no era para buscarse uno al otro; nada tendría sentido si no era para perderse en el vértigo de miradas lánguidas y envolventes. Y les pareció que aquello no tenía precedentes, que no era posible que nadie, en el pueblo, hubiera nunca amado a nadie de esa manera. —En todo el mundo —dijo ella— no nomás en el pueblo. Él estuvo de acuerdo.

El ciclo de las temporadas se repitió varias veces y el tiempo había perdido ya sentido en sus conciencias cuando un día sus padres decidieron casarlos. —Antes que se nos mueran de amor —dijo don Amadeo, —traían la cabeza llena de chapulines.

Vendió una vaca cada padrino, carnearon otra y la boda duró tres días.

Cuando la resistencia se agotó y las dos familias fueron vencidas por el sueño y el sotol, decidieron mandarlos para El Nogal. Y aquello fue un fluir de paraísos que se sucedían unos a otros.

Todo lo que los rodeaba parecía vivir un embriagamiento desconocido. A las primeras lluvias sintieron como si treparan por entre las gotas hacia el espacio y flotaran allí por eternidades entre olores a tierra mojada y aromas esparcidos por abejas tempraneras. Ella convirtió la cabaña en un nido oloroso a todas las fragancias que le regalaban las plantas del monte y él compuso cercos y barbechó la milpa con un cantar que se enredaba entre los surcos. El estanque acarició sus cuerpos desnudos y jóvenes y todos los vientos que pasaron por El Nogal, en aquellos días, se llevaban consigo porciones de éxtasis.

El verde tierno de las primeras matas de maíz empezó a adornar la milpa y las primeras vacas empezaron a bajar de sus echaderos seguidas por terneros de piernas largas y vacilantes que venían a compartir las primicias de sus calostros con la pareja de recién anidados que estaban ya amalgamados con la naturaleza circundante al grado de parecer la última pieza para el acabado perfecto de la creación.

El había arreglado los potreros para dar la bienvenida al ganado y los cauces del viento ya le habían traído el aviso de que la familia llegaría pronto. —Como por ahí a mediados de junio— le habían dicho, y el mediados había sido el día anterior.

Le pareció demasiado pronto, pero nada fue descuidado para que, cuando llegaran, todo estuviera en su espera y pudieran gozar aquel verano que no tuvo comparación porque no había habido nunca otro igual. En eso se acordó del parto de la yegua cuatralva que ya “andaba en las últimas” la semana anterior y enfiló hacia el potrero con la esperanza de recibirlos a todos con un potrillo sedoso y tembeleque que sería para el hijo que empezó a engendrar desde el día que había llegado a El Nogal. La divisó entre el pajonal cuando las primeras gotas gruesas empezaban a horadar el viento. Se acercó llamándola por su nombre hasta que el animal lo reconoció y lo dejó acercarse a acariciar un crío recién llegado a la luz. Lo levantó en brazos y emprendió el regreso seguido por una madre mitad temerosa, mitad agradecida. No salían todavía del potrero cuando los primeros latigazos metálicos azotaron la nubla zón preñándola de presagios. Los estallidos violentos erizaron el viento y el aguacero se vino como un torrente ansioso de reponer la sequía del año anterior.

Abelardo, con el potrillo en brazos, alzaba la cara jubiloso dando la bienvenida a las aguas y se empapaba con la alegría de una mata recién regada. El monte recibía la lluvia con un súbito verdor que parecía una sonrisa y, abajo, el arroyo comenzaba un murmullo prematuro de caudal liberado.

Un nuevo zarpazo ensordecedor hizo añicos el encanto del momento. ¡Rosalinda!, pensó: ¡su terror por los truenos!, volvió a pensar, y una mezcla de temor y remembranza arrastró el recuerdo a la primera tempestad que los llevó al túnel de la mina. Sintió un estremecimiento de evocación que luego fue substituido por el sobresalto. Se apuró pensando que ella estaría aterrada, como aquella vez, mientras apretaba el paso.

Fue entonces cuando vio aquella fugaz bola de fuego antes de oír el trueno. La vio desprenderse del relámpago y tenderse sobre los árboles buscando dónde descargar la furia de todos los infiernos. Cayó deslumbrado y aturdido mientras veía cómo la bola rojiza rodeada de llamas se precipitaba horizontal por sobre el monte. Presa del terror soltó el potrillo y corrió frenético hasta el borde del paredón colorado y desde allí vio cómo la lengua de fuego penetraba por el hueco del fogón y reventaba en un ruido sordo que iluminó toda la cabaña con colores de muerte.

¡Rosalinda! gritó enloquecido y sus cuerdas bucales crispadas parecieron romperse bajo una carga de angustia mortal.

Cuando arrancó la puerta poseído de una fuerza que lo estallaba por dentro, todo se le presentó ennegrecido y envuelto en una niebla de humo que oscurecía el interior con espesura trágica.

Y allí, cerca del fogón, con la masa de maíz entre sus manos, Rosalinda negra; Rosalinda con los ojos grandes de sorpresa; Rosalinda silente y tranquila; Rosalinda inmóvil y... ¡completamente carbonizada!

Salió desenfrenado, un dolor parecido a la locura le quemaba los adentros mientras corría sin rumbo por las riveras del arroyo. Enfiló hacia el corral y montó a pelo el primer caballo lanzándolo contra los sauces; contra los paredones; contra los corrales; contra todo en una carrera suicida que el animal evitó echándose al agua y saliendo sin él en la otra orilla para huir presuroso y sorprendido.

Emergió corriente abajo, maldiciendo estar todavía con vida. Pensó en el desfiladero y cuando corría hacia allá chocó con el alambre de púas del potrero y cayó sangrante y desfallecido.

Entre fiebre y locura su mente recobró el rostro ennegrecido y la recordó más bella que nunca;

más necesitada de su mano en su muerte oscura y humeante.

Desde el pueblo habían "columbrado" la tormenta (dijeron), mientras la familia sonreía satisfecha pidiendo que el agua cayera por el rumbo de El Nogal. La madre de Abelardo sintió un escalofrío subterráneo que la estremeció entera y no descansó hasta que los convenció a todos de que salieran para el rancho inmediatamente.

No la quiso tocar, temía que se le deshiciera en las manos. Por fin se atrevió a tenderla en un lecho de hierbas frescas y se sentó a mirarla. Pasó la noche en silencio y pareció serenarse cuando decidió esperar allí la muerte.

—Se vio una centella por el rumbo de El Nogal, les dijeron en el Arroyo Hondo y el escalofrío se apoderó entonces de todos. Apretaron el paso ya con la angustia mordiéndoles los talones. Cuando divisaron la cabaña silente lo comprendieron de golpe y fueron acercándose lentamente como para no alborotar de nuevo a la tragedia.

Una fragancia de hierbas mezclada con olor a quemado los recibió al asomarse al interior y un rostro bello y petrificado les avisó de un bulto de dolor que, allí enfrente, la contemplaba con la mirada hundida en la nada.

El pueblo en masa esperaba en las orillas cuando se divisó a lo lejos, la caravana. Abelardo pasó

por entre la gente sin notarlo siquiera. —“Que se volvió loco”— se esparció el murmullo. Todos quisieron ver aquél rostro hermoso cambiado de color y aquélla expresión tranquila que no pudo cambiar la descarga. —Tanta fuerza había sido necesaria para segar una fuente de paz —dijo el maestro al despedirla.

No volvió jamás. Dejó el pueblo con la intención de borrar su existencia y fue a rodar por la costa de plantación algodonera a trilla de trigo; de pizca en pizca; de desmonte en desmonte, hasta que cayó en el desierto del bracerismo con una decisión de muerte.

Así pasó una vida entera.

Y allí estaba ahora, después de veintisiete años, repitiendo: —y no fue un rayo Compa, fue una maldita centella.

Y se estuvo allí repitiéndolo hasta que vomitó un dolor viejo de pura hiel. Cuando se levantó con una nueva expresión en los ojos, supimos que se había sacudido el recuerdo de encima.

Días más tarde, al divisar hacia atrás, se despidió de El Nogal sin rencor.

Había tirado su dolor y sus penas, ya secos al río.

LOS GRITOS DE LA SIERRA

No sé cuántos días pasaron, pero una tarde nos encontramos saliendo de un cañón por el lecho de un gran arroyo seco bordeado de vegetación baja y quemada. En eso sonó un disparo que retumbó en las paredes rocosas dejándonos a todos sorprendidos. Mi padre y mi tío se vieron de reojo y estuvieron indecisos por un momento, se recuperaron pronto y luego comentaron en voz alta que el rancho del Carrizo debía ya estar cerca y que seguramente alguien de allí andaría cazando. Esto nos tranquilizó y seguimos el camino.

Horas más tarde habíamos salido del cañón sólo para internarnos en otro más ancho y que tenía visos de no acabarse nunca. Un grito lanzado desde muy arriba nos hizo frenar de nuevo los caballos y guardar silencio.

—Es el saludo de la sierra hijo, ¿a poco no lo conoces? —explicó mi padre.

—Habrá que contestarlo —respondió mi tío, y enseguida ambos se pusieron a echar alaridos. El

grito lejano se repitió una vez más y luego se perdió en las alturas.

Entonces de golpe recordé que un grito igual nos había dejado helados a mí y a mis primos hacía tiempo, en un cañón cercano al rancho de Los Amoles. Por las tardes teníamos encomendada la tarea de irnos arroyo arriba a recoger los becerros y regresarlos al corral antes de que pudieran juntarse con las vacas y acabar con la ordeña de la mañana siguiente. Pero nos entreteníamos apedreando panales en los acantilados o rastreando jabalíes de los que cazaba el tío Ubaldo. Siguiendo la huella de una de esas salvajes hostilidades, nos fuimos internando hasta llegar a un cañón de altas paredes rojizas de las que pendían árboles de enormes raíces adheridas a la peña como inmensas arañas. El lugar era imponente e inhóspito y cuando las huellas se perdieron entre las piedras del arroyo, nos pusimos a atisbar las paredes verticales. No tardamos en encontrar un panal inaccesible que empezamos a apedrear de inmediato para luego juntar abajo sus pedazos. No habíamos saboreado las primeras mieles cuando un lejano y prolongado grito nos detuvo. Parecía provenir de las alturas pero luego se encajonaba en el cañón expandiéndose hacia nosotros.

—No puede ser grito de gente —dijo Lencho con voz de susto.

—Ha de ser algún arriero —le respondió Jesús.

—¿Arrieros en esta lobreguedad? —dije, y la última sílaba se me fue quedando atrás porque ya iba corriendo en una estampida digna de las carreras del 15 de mayo. Varias veces más nos persiguió aquel alarido antes de que pudiéramos salir del cañón dejándolo atrás como a una alucinación acorralada. Todavía lo escuchamos una vez más salir de las alturas y ahogarse en la hondonada cuando el cansancio nos había hecho parar un momento. Emprendimos de nuevo la carrera y no paramos hasta el rancho. La explicación de nuestro susto no fue suficiente para evitarnos el regaño de haber perdido la tarde y regresar sin becerros. Por eso no cesaban las maldiciones de Chayo y Manuel cuando tuvieron que ir por ellos ya casi al anochecer.

—Son gritos que hay encerrados entre los cerros desde hace mucho tiempo —me dijo Mamá Rosita.

—Es que aquí estamos acostumbrados sólo a los ruidos de la naturaleza y un ruido humano en estas grandes soledades es siempre una sorpresa, o una ilusión —repitió para sí misma.

No había oído esos gritos desde entonces y ahora me los lanzaba otra vez la sierra como una indicación de despedida.

El arroyo se empezó a hacer ancho y arenoso. Los bordes del cañón se fueron convirtiendo lentamente en lomas largas y una sensación de amplitud nos avisó que estábamos saliendo de la sierra. Mi padre anunció que esa misma tarde llegaríamos a Tónichi y que allí dejaríamos los caballos para siempre y que, días más tarde, seguiríamos en tren.

—¡En tren! —respondimos Trini y yo al mismo tiempo. El corazón nos dio un vuelco y la mezcla de curiosidad y temor volvió a hacer presa de nosotros. Él sabía el efecto de la noticia y sonrió prosiguiendo el camino.

Cada uno celebró como pudo la cercanía de la llegada. Sabíamos que este momento tenía que venir, pero estuvo siempre remoto e irreal en el fondo de nuestras mentes. Y de repente estaba presente, allí, a medio día de distancia, desde donde nos transmitía ya una emoción sobrecogedora. Ángel, ayudante y hermano adoptivo, reía con una expresión de inocencia, timidez y alegría. Le habían venido diciendo por el camino que había que colgar un hueso de vaca en el cuello de los que nunca antes habían bajado de la sierra y que para cumplir con esa tradición, se lo colgarían a él primero por ser ya un hombre. Él volvía a reír y no acertaba a tomarlo como broma, porque no estaba seguro de que no fuera en serio. Yo ya lo

había aceptado y estaba dispuesto a que me colgaran el hueso, siempre y cuando se quedaran serios. Con su natural nobleza, Ángel nos acompañó siempre, hasta el prematuro fin de su vida, que debía ocurrir trágicamente veinte años más tarde, en el Valle del Yaqui.

PUNTA DE FIERRO

Llegamos cuando los días se contaban ya por montañas y cuando nuestras tortillas crujían como ramas secas. Me parecía haber cruzado el mundo entero cuando pensaba en el camino que habíamos recorrido y en los largos días que nos separaban de la partida. No podía creer todavía en la llegada, hasta que una lejanía de perros nos trajo los primeros ruidos pueblerinos. No me era posible imaginar Tónichi, nunca había visto un pueblo grande y me puse a deducir que tendría tiendas altas y una plaza hermosa, pues era la puerta de la sierra, el lejano proveedor de maravillas, el punto de contacto con el mundo exterior.

Una hilera de casas de adobe erosionado y un calor para mí desconocido sentaron las bases de mi desilusión. Cuando desembocamos en la calle principal, en rudo desfile de cansancio, sentí las primeras miradas extrañas de mi vida. Vi caras que no conocía y de pronto me dí cuenta de que nunca había estado en otro pueblo que no fuera Tarachi y que nunca había visto gentes descono-

cidas. Era otra sensación nueva, no había duda de que estaba empezando a descubrir el mundo "de afuera". Este pueblo estaba acostumbrado a ver bajar atajos de mulas y grupos de vaqueros de la cordillera y hacía mucho que se había echado a dormir. Años más tarde, el corte del ramal del tren, convertiría este sueño en muerte. Sus calles eran largas y opacas, especie de cañadas con ecos de adobe. El sol aquí era diferente, duro, violento y había dejado al pueblo sin color. Lo demás lo había hecho el viento.

Barro rojo en las patas de los caballos; allí un pueblo carcomido por los elementos y el descuido; más abajo, el río y, al otro lado del río, unas casas grandes y altas llamadas "la estación" y luego un camino de fierro con rumbo desconocido. El temor y la fascinación lo dominaban todo y nuestras mentes abiertas absorbían aquello con una intensidad que lo imprimía en la memoria para siempre.

Nos instalamos en una casa de adobe rojizo con techo muy alto y sin ventanas mientras mi padre hacía los arreglos para el retorno de los caballos y las mulas con el tío Juan Antonio quien debía encargarse de llevarlas de regreso a la sierra. Días más tarde, lo veríamos regresar de nuevo a la montaña, con la bondad de siempre en su cara y la despedida en su espalda, cuando se perdió entre los mezquites camino arriba. Hacer todo el viaje

de nuevo era algo que yo no podía concebir y me quedé sorprendido de la naturalidad con que él lo había tomado. Su partida me dejó un sentimiento de desamparo. No tendríamos ya sus pláticas durante el camino, su amabilidad protectora de tío y amigo, su serena concepción de la amistad y de la vida.

Se hablaba mucho del tren, de la estación y del río. No pudimos dormir por el impacto de aquellas conversaciones. Nos hacíamos preguntas en la oscuridad acerca de si sería más grande que una casa y, entonces, ¿quién lo movía? y ¿cómo podía correr más que un caballo? ¿cuántos hombres lo manejaban? y ¿qué pasaba cuando iba cuesta abajo? La explicación que recibí fue sencilla y contundente:

—El tren corre siempre por el llano.

La noche se nos hizo eterna y antes de la madrugada ya estábamos de pie esperando el momento. Salimos por media calle, encarrerados cuesta abajo y al llegar a la última pendiente, de repente, como una serpiente líquida, apareció frente a nosotros: el río. Nos dejó sin aliento, pensando en el tren nos habíamos olvidado del río suponiendo que sería como los demás ríos que conocíamos. Pero este era el Yaqui, "un río deveras". La sierra juntaba todos sus hilos de agua, luego los convertía en arroyos que a su vez se engrosaban

en los ríos que nosotros conocíamos. Pero lo que no habíamos visto jamás era aquel ancho camino líquido, aquella gruesa vena hinchada por la que bajaba la vida desde la cordillera, Y allí estaba, violento e imponente, con una avenida que le habían regalado las lluvias lejanas de las montañas. Nunca pensé que se pudiera reunir tanta agua y que ésta podría arrastrarse con tal poder. Lo que más me costaba imaginar era la fuerza incontenible que aquel torrente arrastraba. ¿Luego deberas íbamos a cruzarlo? La sola idea me llenó de terror y por primera vez, quise que el viaje nunca hubiera empezado. Añoré de pronto la tranquilidad de nuestros pinares y la límpida transparencia de nuestros arroyos.

Dos días pasaron antes de que los operadores de aquellas grandes poleas se atrevieran a lanzar "el pango" a la corriente. Cuando calcularon que lo peor de la creciente había pasado, iniciaron su tarea bajo la curiosidad temerosa de nuestra mirada. Las poleas rechinaron y allá en el otro lado se escuchó un estallido de cohete, como señal de que la maniobra había comenzado. Nosotros nos forzábamos para divisar el pago y cuando logramos distinguirlo, el temor se apoderó de nosotros. ¿En eso íbamos a cruzar? ¿En esa pequeñez? ¿Sobre esa fragilidad? Paulatinamente vimos cómo crecía al acercarse y éso nos consoló. Traía mulas

y gente encima y su tamaño era considerable. Cuando la corriente del centro del río lo jaló bruscamente, hubo sobresalto y varios hombres se unieron a los de las cuerdas y poleas. Entonces vi que mi padre se les unía y la confianza me llegó de nuevo. Comprendí que él había estado allí todo el tiempo y que por tanto, nada podría pasarnos.

Y fuimos subiendo, uno a uno, lentos, inseguros y con una interrogación en los ojos. Luego subieron los mayores y nos tomaron de la mano para transmitirnos una seguridad que no tenían. Y empezó a moverse lento, lento, haciendo la travesía larga, interminable. Pensé mil cosas: que las cuerdas se reventarían; que al llegar a medio río, la corriente nos arrastraría; que no había pasado antes, pero que esta vez sí pasaría... Mi madre se puso el rebozo en la cara y no lo retiró hasta que mi padre le tocó suavemente el hombro para avisarle que estábamos llegando a la otra orilla.

—Punta de Fierro— gritó el panguero.

—Estación Punta de Fierro— repitió, y yo sentí que estábamos salvados.

Fuimos acomodados en unas bancas largas de madera, fijadas contra la pared interior de unas casonas amplias con techos altos de una extraña lámina metálica que llamó mucho mi atención. Adentro, se amontonaron las mujeres con sus chales oscuros cubriendo sus cabezas y la mitad de

sus caras. Afuera, los hombres en cuclillas hacían rayas en el suelo y platicaban de la creciente del río: que se esperaba otra, que el año pasado estuvo mucho más grande, y que no había dejado pasar durante ocho días y otras cosas. Yo entraba y salía escuchando fragmentos de pláticas de hombres y pláticas de mujeres. Estas últimas no me retenían mucho porque no me gustaba aquel grupo de medias caras cubiertas. Me parecían extrañas aves acechantes que comentaban todo en voz baja usando un idioma desconocido. Mi naturaleza inquieta me traía de adentro para afuera, cuando, de pronto, descubrí la vía del tren. Nada me interesó desde entonces, toda mi mente se dedicó a explicarme aquello. ¡Qué extraña rigidez de metal! ¡Qué frialdad lineal más absoluta! Luego, ¿éste era el camino de fierro? Primero pensé que servirían sólo para impulsar al tren al principio de su carrera. No era posible que hubiera rieles todo el camino. ¿Cómo iban a seguir tan derechos por entre las lomas y montes? Además, eso costaría demasiado. Nadie me había dicho que el tren corría sobre rieles, menos que corría todo el tiempo sobre una vía; nadie me lo había mencionado siquiera y yo lo encontraba sencillamente imposible. Era la segunda gran sorpresa y el primer encuentro frontal con la civilización que habría de

perseguirme implacable desde entonces. Sin duda era éste el gran día.

Pero lo más sorprendente estaba por ocurrir todavía. Varias horas más tarde una columna de humo se divisó a lo lejos. Un murmullo se generalizó entre los que iban a ser pasajeros y entre los que no iban a ninguna parte. Todos empezaron a moverse, a entrar y salir y a amontonarse cerca de la vía. Los que viajaban por primera vez miraban hacia lo lejos con ojos disimulados de azoro, esperando la aparición del monstruo. Los que lo conocían bien, aunque nunca habían viajado en él, adoptaban un aire de saberlo todo y daban explicaciones que nadie escuchaba. Una agitación, como la que precede a los grandes acontecimientos, dominó el ambiente. El cosquilleo en las plantas de los pies, la presión concentrada en un punto del estómago contraído por la expectación, la mente toda llena, toda invadida por una sola idea, con una concentración total de interrogante a punto de encontrar respuesta. Fue la primera vez que experimenté este sentimiento y he de exigir de mi naturaleza, que nunca me prive de la capacidad de emocionarme de esa manera.

A cada momento alguien gritaba —“ahí viene”— como gritaban en las carreras de caballos en Tarachi. Luego todos dejaban ir su mirada sobre la vía, pero nada aparecía. Y por fin, a la vuel-

ta de una loma, se notó un punto negro, moviéndose lentamente. Tuve que apretar mi miedo al ver que sin cesar aumentaba de tamaño. Una cosa así no podía controlarse a voluntad, pensé, mientras se acercaba más y más. ¡Dios, qué grande era, y cuánto ruido hacía! ¡Qué portentosa y temible fuerza contenía!

Corrí a una distancia prudente y, con ojos azorados, lo ví acercarse a la estación. Como espectáculo estaba bien, pero subirse a él, era otra cosa. Decidí que jamás me meterían allí y comencé a inventar toda clase de excusas desesperadas, inclusive, traté de persuadir a mi padre de que deberíamos proseguir el camino a caballo. Pensé en el "Sambo", en el "Zaino" y en las mulas apacibles, y cuánto las amé en aquel momento.

Un grito de mi padre me devolvió a la realidad y al unirme a la familia, encontré que alguien compartía mi pánico. Aristeo había entrado en un estado incontrolable de histeria y sus manitas de tres años se aferraban al cuello de mi madre con la angustia de quien va a ser lanzado a un pozo. Mi padre lo tomaba en brazos y lo paseaba, pero se cansaba pronto de sus chillidos y lo devolvía a mi madre. Debo haber estado por hacer lo mismo, porque oí la voz de Trini cerca de mi oído: —"no chilles marica, ¿a poco vas a empezar tu también?"— Su conciencia inculcada de hermano ma-

yor, le había hecho dominar su espanto y se sintió en la obligación de ayudar a aplacarnos. Sentí su apoyo y accedí a subir sin oponer resistencia, pero Teo no entendía razones y hubo que subirlo pataleando hasta encontrar donde acomodarnos.

Una calma tensa predominó cuando todos se hubieron acomodado en los duros asientos de madera y hubo un sentimiento de seguridad momentánea. No era tan terrible después de todo, pensé, y me fue dominando la curiosidad por observar el vagón donde estábamos. Me atreví a caminar hasta la puerta que, abierta, mostraba la entrada del carro contiguo donde también había mucha gente. El primer silbido de la locomotora me mandó en estampida hasta donde estaban mis padres. El encontrón enviado por la máquina me hizo estremecer y ocasionó otra vez el pánico de Teo que de nuevo dio rienda suelta a sus berridos con el consiguiente incomodo de mi madre que miraba a su alrededor con expresión de excusa.

Y comenzó a moverse, a rodar, con aquel ruido de rieles que habría de gustarme mucho después y que me recordaría siempre aquel momento. Sentí que su movimiento no iba a ser tan violento como me lo había imaginado porque el ruido se volvió rítmico devolviéndome la calma. Al poco tiempo de avanzar me sentí reconfortado y me atreví a mirar por la ventana. La sensación de rapidez ha-

bía desaparecido y tuve una impresión nueva al poder ver las montañas y los árboles pasar suavemente. El paisaje se renovaba sin cesar dándome otra experiencia completamente desconocida.

LA LLANURA

Qué pasiva y extraña manera de ser transportado. Por primera vez me sentí llevado sobre algo que no requería de mi participación y que se deslizaba por un camino que no podía verse ni sentirse. Las cosas tenían otra dimensión desde allí y el paisaje me fue avisando que había salido para siempre de mi elemento primario. Las montañas empezaron a convertirse en cerros negruscos y aislados y luego en lomas alargadas, chatas, sin quiebres ni belleza. Los árboles comenzaron a encogerse y a transformarse en chaparral desértico, salpicado de extraños cactus largos como dedos gigantescos y espinosos extendidos hacia el cielo. Me dijeron que se llamaban pitahayas y que cuando se les limpiaba y se secaban al sol, su esqueleto servía para construir casas. No pude entender como podían hacerse casas con aquellas raras plantas hasta meses después cuando tuvimos que levantar nuestra primera choza, en el inmenso llano del Valle del Yaqui.

La tierra se extendía cada vez más, dejando ver grandes extensiones sin cerros y pensé que éstos serían los valles. Más tarde me dí cuenta de que sólo eran mesetas y que la verdadera llanura estaba todavía por llegar.

El camino se hizo monótono en las primeras planicies y yo me escapé de vuelta a la sierra, en un desdoblamiento propiciado por el adormecimiento que producía el rítmico avanzar del tren. Y me vi de nuevo cuidando la entrada del corral para que los becerros no se juntaran con las vacas; trepando riscos con Mamá Rosita para alcanzar los remotos dátiles silvestres; secando la palma fina para los sombreros de las aguas, y se me hizo realidad otra vez el aullido lejano de los lobos que ponían a todos los ranchos en alerta en aquellas noches de inviernos largos y solitarios. Tac, tac-tac, tac de la vía, lomas largas y secas. . .

Y la noche en que todos los primos dormíamos juntos en una de las chozas del rancho de la "Agua Blanca" cuando notamos una vela prendida en las peñas lisas en medio del arroyo. El espanto nos unió a todos y pasamos el resto de la noche desafiándonos a acercarnos a la lucecita, hasta que ésta desapareció con los primeros destellos del alba. . . tac, tac-tac, tac; llanos secos poblados de millones de cactus espinosos, tac, tac-tac, tac. . . y las calabazas rellenas de piloncillo negro y

puestas en cuevitas abiertas en las paredes de barro del recodo del arroyo; ¡cómo costaba trabajo y paciencia conseguir que no se escapara el vapor y que no se apagarán los leños que calentaban, por abajo, esas cavidades! ¡qué olor cuando las sacábamos y las abríamos en dos, para darnos un banquete! y el robo de una de ellas, achacado al espíritu de la vela... tac, tac-tac, tac, el tren; gente con caras de incertidumbre bajando de sus floridas montañas para internarse en esta llanura hostil y caliente e ir a parar a los apiñamientos de chozas nómadas a las orillas de Cajeme o de Hermosillo... tac, tac-tac, tac, el tren; y los baños en las Pilas Huecas del remanso de Tecorida con el agua fresca de las peñas y la libertad desnuda de la inocencia... tac, tac-tac, tac, el tren; familias sin destino fijo con su equipaje de miserias a cuestas y sus esperanzas tímidamente escondidas, tac, tac-tac, tac...; y los panales enquistados en los relises esperando nuestro descubrimiento, los jabalíes feroces en rebaños de peligro siendo perseguidos por el tío Ubaldo carabina en mano; los encuentros entre un grupo de vacas protegiendo en círculo a sus crías del ataque de los lobos que a veces perecían en los cuernos bravos y nobles del "Chispo"; la diversión exaltada cuando se escuchaba el primer desafío en el bramido lejano del "Mascarillo" que venía a disputarle el corral al

“Colorado”; su acercamiento, anunciando a mugidos furiosos el espectáculo del enfrentamiento. Y era un correr hacia los corrales y trepar a los madroños para presenciar el encuentro. Se acercaban, se acercaban, hasta que viéndose uno al otro de frente, se lanzaban a un encontronazo descomunal. Y comenzaba el crujir de cercas y el atropello de vacas y de todo lo que hubiera al paso. A veces se acercaban peligrosamente a las chozas y había que intervenir a grito partido para alejarlos. Hasta que el cansancio los vencía y el más fuerte daba un último encontronazo y el otro volteaba por fin el cuerpo hacia el rumbo contrario dejándole una victoria de harem corralero. No había nunca lucha a muerte entre aquellas moles de nobleza, bastaba que uno se alejara del campo de batalla para que ésta terminara. Así marcaban su territorio y éste era raras veces disputado. Era el estado original, el imperio intacto de la naturaleza.

—Estación Corral —gritó el conductor. —Estación Corral, se acaba el camino —repitió, y me trajo de golpe a la realidad. A partir de entonces, nuestras realidades se iban a ver salpicadas constantemente por aquellos escapes retrospectivos hacia la sierra. Serían nuestro único respiro en medio de aquel valle de hostilidad en que nos estábamos internando. A tal grado serían reconfor-

tantes que cuando se viera a un paisano meditabundo y quieto se diría que “estaba en la sierra”.

Unas cuantas casas de adobe blancuzco regadas sin orden en el llano; mestizos y yaquis vendiendo naderías y una casona de madera a orillas de la vía, era la famosa Estación Corral. Tendríamos que permanecer allí por días antes de que pasara “el rápido” que nos llevaría a Cajeme. Un desorden absoluto siguió a la parada: mujeres cargando un niño y arrastrando a otro de la mano; hombres bajando bultos y huacales; vendedores gritones de aguas frescas y hatos de burros aparejados esperando la carga. Atravesamos aquella maraña para ir a acomodarnos a la casa de Emilio Gámez, originario de Tarachi, que había abierto una tienda de abarrotes en aquella estación. Había sido uno de los primeros que salieron de la sierra y su tesón le había hecho encontrar ya un lugar para establecerse. Muchos años más tarde, un voraz incendio terminaría con todo lo que había logrado.

No todos los que habíamos bajado en Corral subiríamos al “rápido” cuyo paso era inminente el día siguiente. Muchos seguirían hacia el norte y muchos más se quedarían para buscar trabajo en la presa del Oviachic que estaba en construcción muy cerca de allí y cuyo destino era domar al río Yaqui y derramar después una red de canales de irrigación por el polvoriento y desértico valle.

De nuevo en la vía, pero esta vez la rapidez de cuarenta kilómetros por hora nos haría llegar a nuestro destino, en una sola tarde. Este tren tenía viejos sillones acojinados que me parecieron el más refinado de los lujos. Sus conductores vestían uniforme azul y una gorra elegante que paseaban orgullosos por más de doce carros de pasajeros. Esto era una enormidad que me hizo sentir simpatía por los tres destartalados vagones que nos recogieron a las puertas de la sierra.

Dio varias leves curvas antes de enfilarse derecho a la llanura, cuando miramos por la ventana del poniente se nos resbaló la vista hasta el horizonte. Aquello no me cupo en la imaginación. Un mundo entero sin montañas, una lejanía sin fin, cubierta sólo por chaparral espinoso y un cielo amarillo y sin contornos. Sobre todo, ese cielo; ¡cómo había cielo! la mayor parte de lo que se veía era cielo y por abajo se le pegaba una extensión interminable, lisa, para confundirse ambas en la lejanía. Horas más tarde vería el primer crepúsculo de estas tierras y quedaría inmerso en una cascada de cobres.

CAJEME

—Cajeme, Cajeme —empezaron a murmurar por todas partes antes de que el conductor lo anunciara. Yo forzaba la vista sin poder distinguir nada, hasta que empecé a notar dos vías y un alto terraplén que partía en dos un grupo de casas de techos planos de tierra. A un lado se iban aproximando unas largas hileras de grandes construcciones con altos techos de lámina y luego, edificios cuadrados con enormes ventanas de vidrio que llegaban hasta el suelo. Más adelante, casas pintadas con azules intensos y tejados rojizos con jardines y árboles recortados en bola. Al otro lado de la vía, hileras de casas bajas divididas por anchísimas calles de tierra se extendían hasta perderse en el llano. Era como si hubieran puesto varios pueblos juntos en uno grande. Supe luego que aquello era el Plano Oriente y que allí vivían los pobres. Pronto llegamos a unas casonas grandes donde había mucha gente y, abajo, estacionados en fila, un grupo de máquinas amarillas y azules. Cuando vi que se movían y salían con gran rapidez en todas direc-

ciones, encontré de pronto la respuesta. Entonces, ¿esos eran los automóviles? Me quedé asombrado viendo que se movían por sí mismos y me encantaron sus formas y colores. Qué bellos eran, y qué ágiles. No pude separar la mirada de ellos, hasta que el último encontrón de los vagones paró por completo el tren. Tanto se me había fijado la atención en los autos, que el tumulto de la llegada me pasó inadvertido. Cuando volví en mí, mi padre pedía ayuda para cargar los bultos. Entusiasmado acudí al llamado y pronto nos vimos adentro de una de aquellas extrañas maravillas. Yo iba extasiado y no me dí cuenta de que se abría paso entre el lodo de las calles del Plano Oriente y, demasiado pronto para mí, llegábamos a una casita de adobe donde pararíamos mientras llegaba el día de irnos a fundar un pueblo en medio del espeso mezquital del interior del valle.

Al día siguiente salí a conocer aquel nuevo mundo, buscando alguna gracia en aquellas calles anchas y rectas que la lluvia del día anterior había convertido en un atolladero de lodo líquido y resbaloso. Aquello era una cruel desilusión y empecé a preguntarme si no había podido ser todo un gran equívoco. Luego, ¿esto era mi ciudad? ¿Esto era el rico Cajeme? Fuera de los automóviles no había visto nada más que estuviera a la altura de mis expectativas. Este llano cubierto de casas y

este lodazal no podía ser el lugar de que tanto se hablaba. ¿Qué era lo que nos había traído aquí entonces? A nosotros que habíamos cruzado toda una inmensidad ¿qué nos empujó hacia esto? ¿Y a todos los demás, que por decenas estaban bajando de la sierra? No era posible que no supieran lo que les esperaba. Me estuve atormentando con estas preguntas por algún tiempo hasta que llegó la noticia de que pronto nos iríamos al interior del valle a fundar un pueblo nuevo.

Mientras tanto, todos los días oía hablar del centro de la ciudad y me la pasaba en acecho de una oportunidad para ir a conocerlo. Y un día lo logré.

Me costó más trabajo todavía aceptar que allí nada había que se pareciera a las fantasías que yo me había hecho sobre la ciudad. En ausencia de referencia para imaginarla, me había inventado un montón de maravillas y esas invenciones se habían confirmado cuando ví los automóviles, pero esto ni siquiera se aproximaba a lo que me había imaginado. Era una ciudad chata, con edificaciones que parecían cajones volteados boca abajo y aventanadas de manera provisional, como trampas de pájaros. Cuadros grandes que albergaban tiendas de un tamaño descomunal. Vidrios de aparadores que mostraban máquinas agrícolas que me parecían el colmo de la complicación y que,

sin embargo, tenían nombres familiares como arados, trilladoras y sembradoras, aunque era imposible asociarlas con esas actividades que siempre relacioné con las yuntas y los hombres. Las calles eran todavía más anchas que las del Plano Oriente y por ellas podía verse de un lado al otro de la ciudad. Era definitivamente una población de agricultores. Había sido fundada recientemente, en medio del llano, desafiando los crueles elementos de la costa caliente y salvaje de Sonora. Un inmenso cajón invertido, hecho de cemento con pilares desnudos por dentro, servía de mercado. Estaba repleto de una sorprendente variedad de productos agrícolas, todos provenientes del mismo valle. Y por primera vez escuché la palabra “parcela” y la palabra “irrigación” que después serían las más importantes de nuestro lenguaje. Ese día conocí también los camiones de carga y, por primera vez, me fabriqué uno con trozos de madera al regresar a casa.

Me explicaron luego, que otras ciudades tenían bonitos edificios de cantera y de piedra trabajada y muchas cosas bonitas que Cajeme no tenía todavía porque era ciudad nueva que se había construido sólo con cemento y ladrillo y que más tarde también tendría calles pavimentadas “donde no habría lodo nunca, por más que lloviera”. Eso me tenía sin cuidado porque yo no sabía lo que era

el pavimento, pero lo que sí me parecía extraño era lo del lodo. ¿Cómo era posible que no se hiciera lodo con la lluvia? ¿Todo encementado como el piso de las tiendas? Eso era demasiado. Por eso, años más tarde, cuando se pavimentó la primera calle de lo que entonces se llamaría Ciudad Obregón, todos vinimos del pueblo para contemplar tal hazaña y ver cómo los carros se deslizaban serenito sobre aquella capa tersa y anchurosa.

Esta ciudad parecía haber sido hecha sobre una enorme hoja blanca de papel donde los trazos seguramente fueron decididos por personas que sólo sabían de rayas y ángulos pero que no entendían nada sobre la gente. Mucho después vine a enterarme de que les llamaban ingenieros. Aquí no había ningún obstáculo que desviara sus líneas, no había vueltas ni dudas sobre la intención resuelta y ordenada por la utilidad del buen funcionamiento. Por eso, esta ciudad estaría siempre condenada a la más absoluta monotonía lineal. Más parecía un implante provisional para una bonanza pasajera, que el centro definitivo de un emporio agrícola sin precedentes en el país.

La primera gran repartición de tierras había sido hecha en el valle hacía años y un canal traía las aguas desde la lejana presa de la Angostura, situada en el norte del estado en medio de la sierra. Los frutos de la irrigación ya habían probado su

eficiencia y una gran riqueza empezaba a circular. Desde entonces, la distribución se desproporcionó y las familias antiguas del valle, varios funcionarios del gobierno y unos cuantos ingenieros, se hicieron de grandes extensiones de tierra que más tarde adquirieron enorme valor y sobre las cuales se amasarían las fortunas que hasta hoy concentran el poder económico y social de esta región.

Por supuesto que no sería igual para todos, las masas de pobres irían al interior del llano a colonizar y comenzarían una vida de sufrimientos sin fin que no pueden ser imaginados por los actuales habitantes del valle. Seríamos quienes desafiáramos el inmenso espinal; los que andarían descalzos sobre una tierra ardiente entre serpientes venenosas y alimañas incontables; los que quemarían amontonamientos de cactus al rayo de un sol de cincuenta grados. Tendríamos, por años, que alimentarnos con iguanas y tomar líquido de cactus, atormentados por la sed. Seríamos pasto de millones de persistentes mosquitos y tragaríamos toneladas de aquel polvo penetrante, caliente como rescoldo y blanco como un montón de harina donde se hundirían nuestros pies descalzos. Yo no sabía lo que nos esperaba y entusiasmado continuaba recorriendo los principios de esta ciudad cuyo próspero futuro estaría fincado sobre el sudor de hombres

como mi padre que, atraídos por la posibilidad de conseguir un pedazo de tierra, se matarían trabajando por largos años bajo las condiciones más inhumanas imaginables.

Pero a eso habíamos venido y no había retorno posible. Mi padre enfrentó la situación con su decisión característica y se lanzó desafiante ante aquella vida y un día regresó blanco de polvo y transido de cansancio a anunciarnos que la choza estaba construida en el pueblo recién fundado en medio del espeso monte desértico donde ya habían sido distribuidas las primeras parcelas a los que habían trabajado en la construcción de la presa de la Angostura.

No dijo más, vencido por la fatiga se durmió hasta el día siguiente cuando llegó el rudo y des-tartalado camión de la sociedad agrícola a recoger-nos. Y cupo todo en la mitad del camión. Yo me acomodé encima de un montón de colchas y tarimas para ir viendo el camino y para curiosear la ciudad mientras salíamos. Este pueblo grande tenía además unos impresionantes edificios ciegos donde se almacenaba el arroz que se empezaba a producir en grandes cantidades en la parte desmontada de las parcelas. Éstas tenían que inundarse por un tiempo y entonces el agua se calentaba con el sol produciendo un vapor que hacía doble el calor para

los desdichados regadores, que pala en mano, pasaban el líquido de melga en melga hasta que el arroz maduraba. Rayos quemantes por arriba; vapor de vaho caliente por abajo.

Ese día conocí la fealdad.

El camión se internó en una brecha recta abierta como tajo en el monte tupido de mezquites, cactus y pitahayas. El paso de los camiones había formado una espesa capa de polvo ardiente en la que se hundían las llantas provocando terribles polvaredas visibles a kilómetros como nubes blanquísimas que se colaban hasta el fondo de los pulmones. Tal vez lo más terrible de aquel polvo era su calor que podía sentirse penetrar en uno, mientras el aire caliente y el despiadado sol nos acosaba por fuera. Esto era una verdadera tortura para los blandos sierreños acostumbrados a los climas frescos de las montañas. Jamás sospechamos que pudiera existir un calor así en ninguna parte. Después sabríamos que esto no era sino un avance de un verano que todavía no entraba y que duraría más de medio año. Antes vendrían los vientos de marzo, con sus implacables tormentas de polvo que podían verse horas antes cubriendo el cielo poco a poco, hasta llegar con toda su violencia caliente y obligarnos a pasar angustiosos momentos de encierro sofocante en las chozas y dentro de los camiones.

Nunca imaginamos lo que nos esperaba y horas después pasábamos un canal que marcaba los límites del pedazo de monte que había sido destinado para el pueblo. Llegamos ya de tarde cuando el sol daba un poco de descanso y penetramos con gran dificultad por brechas a medio desmontar hasta llegar a una choza perdida entre el chaparral que sería nuestro hogar definitivo. Tenía un cuartito hecho de una mezcla de lodo y pitahaya seca, otro de adobe y uno más grande de madera donde mi padre había fabricado un tosco mostrador de tablas sin cepillar y unos estantes donde había colocado unas latas y algunos víveres. Me alegré al ver que él no había abandonado su viejo sueño de parar de nuevo una tienda de abarrotes como aquella que había tenido en la sierra antes de la caída del mineral. Pero también me pregunté a quien podría vender mercancía allí donde sólo se adivinaban tres chozas perdidas en el monte. Más adelante iría descubriendo poco a poco más viviendas y nuevos colonos irían llegando a establecerse. Por lo pronto tendríamos una fuente de sustento y el luchador indomable de mi padre podría complementarse con otros trabajos para la subsistencia de su creciente familia. Ese mismo mes nació nuestro sexto hermano y muchos más vendrían más tarde.

Mi padre no dejaba de sorprenderme: ¿Qué apremiante necesidad lo había lanzado a esta te-

rrible aventura sin contar siquiera con la mínima seguridad de encontrar una manera de sobrevivir? ¿Qué carencias podían ser más grandes que éstas y qué incertidumbre peor que la de este valle terrible? ¿Cómo enfrentar esta cruel naturaleza que se negaba con toda la fuerza de sus elementos a dar al hombre el más mínimo cuartel en su lucha? ¡Cuánto valor se necesitaba y cuánta miseria! Y es que él tenía mucho de ambos: una pobreza ancestral empujaba desde atrás; un sueño dorado de poseer un pedazo de tierra jalaba de adelante y un corazón valeroso bombeaba desde adentro.

Él sólo tenía veintiocho años entonces.

UN PÁRAMO DESÉRTICO...

Estaba claro que no habría paso atrás y que había que enfrentarse con aquel agresivo desierto con toda decisión. Esto lo entendieron los colonizadores desde el principio y no hubo la menor queja entre aquellos hombres de duros nervios y almas blandas. La mayor parte habían llegado como colonos dotados ya de una parcela y se habían organizado en sociedad agrícola a las que habían dado el nombre de sus lugares de origen en un melancólico homenaje a sus lejanos pueblos. Estas sociedades les habían permitido comprar a crédito un camión de carga y un tractor por cada treinta socios y con esos elementos se lanzarían a iniciar el desmonte de las parcelas teniendo como único equipo las hachas y los talachos.

Y lo que siguió fue una hazaña de bravura y sudor. Aquello no era sino un terrible páramo desértico salpicado de chaparral espinoso que consumía hombres y bestias de carga sin piedad. Cada hectárea exigía tres meses de trabajo violento porque había que arrancar los mezquites desde la raíz

y tumbar las pitahayas echándose a correr después de cada hachazo para no ser alcanzados por las espinas que saltaban como avispa al impacto. La intrincada maraña de cactus de todas las especies imaginables se prendía en sus ropas rasgadas para hundirse en su carne magra. ¡Cuántas veces tuvieron que correr a auxiliar a alguien que había sido mordido por una cascabel! Parecía que estos reptiles habían elegido este valle para reproducirse y no hubo alimaña ponzoñosa que no quisiera competir con ellas en la guerra contra el hombre.

Yo los veía llegar a la tienda para llevar su arroba de harina y el café para una semana y pensaba que era una suerte que mi padre no era colono de los dotados de tierra y no tendría que verlo con los ojos desorbitados, la boca reseca y los labios partidos, o retorciéndose de dolor durante las extracciones de las espinas. Él no será uno de los "espinados" —pensaba yo— y no sabía que ese era precisamente su objetivo y que nada de eso le importaría cuando estuviera desmontando su propia parcela.

La casa más próxima se encontraba a medio kilómetro y camino al canal de donde deberíamos acarrear agua todos los días en una palanca de la que colgaban dos botes de veinte litros y que nos tenían los hombros llagados. Más tarde haríamos una pequeña carreta en la que podían traer-

se cuatro grandes latas. En esa casa vivían los Rascón, parientes nuestros, que además serían los primeros amigos en aquel mar de cactus. Ellos habían llegado primero que nosotros y fue una fortuna poder contar con compañeros de juego que luego nos enseñaron a fabricar tractores de pitahaya y jaulas para atrapar perdices y pericos. Tendríamos también, desde entonces, pequeños de nuestra edad con quien compartir las correrías por el monte y con quien empezar nuestra instrucción primaria. Más tarde aprenderíamos juntos a leer bajo un mezquite ralo, sobre troncos calcinados, y gracias a la inquebrantable decisión de la maestra Consuelo que se había jurado alfabetizar a todos los pequeños salvajes de la aldea.

Los desmontadores seguían tercios en su dura tarea y cuando el crédito se les acababa tenían que alternar su trabajo y entrarle al desazolve de canales para poder ganar unos cuantos jornales que les permitieran seguir en el empeño de limpiar sus tierras. Este trabajo no era mucho mejor y había que hacerlo con el lodo a las rodillas para sacar palada por palada el azolve, y completar el tramo que les era fijado para cada día. Era común verlos en las tardes, todavía encorvados por el esfuerzo del día, hacerse sus lonas para dormir y caer rendidos de cansancio para amanecer abotagados por las picaduras de implacables parvadas de mos-

quitos. Platicaban de caballos que habiéndose quedado heridos a la orilla de un canal perecían en una sola noche chupados por millones de pequeñas succiones aladas.

El desmonte continuaba y las grandes quemazones de los amontonamientos empezaron a calentar más el clima. Los cactos y las pitahayas que no se quemaban eran apilados en largos montones que serían quemados el año siguiente. A esto y al destronque se le llamaba relimpia y tenía que hacerse con la ayuda de tiros de mulas. Luego entraría el tractor y aflojaría la tierra reseca por primera vez y al año siguiente habría parcelas sembradas de arroz y la primera cosecha daría a la cara de los colonos una expresión de esperanza.

LA LUCHA POR LA TIERRA

—Hoy hicimos la solicitud —dijo exaltado mi padre al llegar esa tarde. —Ya elegimos la comisión que va a ir a la capital a empezar los trámites. El representante del Agrario nos dio su firma y todos cooperarán p'al viaje. ¡Esta vez sí hay esperanzas vieja! ¡Ahora sí se viene deveras!

Hasta entonces me dí cuenta para que había formado mi padre aquel grupito de hombres que se reunían, dos veces a la semana, debajo del gran mezquite del patio. Siempre pensé que se juntaban para jugar baraja o para platicar simplemente y no me habían enterado de que su naturaleza de luchador innato y su esperanza, lo habían llevado a convencer uno por uno a este grupo de desheredados, hasta formar un núcleo formal de aspirantes a un pedazo de desierto.

—Tráí esa idea clavada en la cabeza desde hace mucho y no ha habido poder humano que se la saque —dijo mi madre, con una expresión de alegría en el rostro y orgullosa de la labor persistente que él había realizado. Aquel conjunto de lucha-

dores ennegrecidos por el sol, que más parecían interrogaciones andantes, lo habían elegido como su “socio delegado” aunque él sabía que sólo sería socio de algo tan vago como una esperanza.

La enfermedad de una de nuestras hermanas pequeñas no permitió que él encabezara la comisión que partía con un rollito de papeles donde todos habían estampado sus nombres o sus huellas digitales. Y así partió aquel grupo con chamarras de mezclilla recién lavadas y cargando la mirada de ansiedad de todos sobre sus espaldas. Iban hacia una lejanía inconcebible. Tendrían que viajar dos mil kilómetros, atravesando siete cadenas de montañas, sobre un tren que avanzaría por días en vez de por horas. Penarían en un vagón de segunda sobre duras bancas de madera pelada hasta llegar a “la capital”; a la gran repartidora de injusticias que desde allí, todopoderosa, esparcía desigualdad por todo este inmenso y dolido país.

—Carta de los de México —gritaba alguno del grupo cuando llegaban noticias remotas de los lejanos gestores y todos se reunían a leer ansiosos.

—¿Qué hay?

—Pos nada, es que no sé leer.

—Anda pásasela a Álvaro Díaz, pronto.

—¿Qué pasa, Álvaro, qué dicen?

—Pues, carajo, que los pobres se quedaron ya sin dinero y piden ayuda, tendremos que juntar otra vez pa mandarles.

—Pero, y... lo de las tierras, ¿hay nuevas?

—Pos, que ya metieron la solicitud, pero les dijeron que tienen que esperar mucho porque la van a estudiar.

—¿Pero nos irán a hacer caso?

—No sé hombre, nadien sabe, esas son cosas que se resuelven allá en lo alto y además hay muchos grupos solicitando.

Y volvían a enviar dinero arrancado de su miseria. Pasaban entre sí la lista de la esperanza y mi padre tenía que luchar de nuevo para que no perdieran la fe.

—Te invito a comer tortillas rellenas de fe, Juvencio —decían algunos desanimados y él tenía que infundir la unidad siendo siempre el primero en afrontar sacrificios.

Otra carta y más noticias sobre una espera sin fin, sobre más dinero que había que enviar porque —“había que dar mordida p'a todo”—. El burócrata sórdido y verdoso de la oficialía de partes exigía mordida para sellar la solicitud, para pasarla a la siguiente mesa, para ponerla en el escritorio del jefe de sección, para esto y para aquello. “¡Ah, y si no, la pondría debajo de las demás solicitudes y nunca llegaría a firma para que se

iniciara el estudio!” El jefe de la mesa también exigía mordida para pasarla a selección y para ponerle el sello de recibida. Y luego el director de sección —“y a ese hay que darle de a deveras, porque no se va a conformar con unos cuantos centavos”... —continuaba la carta.

Y así seguía la cadena de mordidas y de “vénganse el lunes”, “dénse una vuelta la otra semana”, “vénganse el mes entrante, porque el jefe no va a firmar hasta que pasen las fiestas patrias porque tiene que asistir a varios actos cívicos de mucha importancia donde se rendirá homenaje a los postulados de nuestra revolución”.

Y un mal día, atosigados por el hambre y por la soledad, volvieron con el alma enrollada en telarañas y la paciencia carcomida por una espera capaz de producir rabia. Casi no podían dar la cara al grupo para no tener que transmitir la desolación y la desesperanza. Pero tuvieron que reunirse y compartir su amargura.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —dijo Filomeno Ocaña.

—Pos seguir como estamos —contestó José Tapia, —siempre jodidos.

UNA DECISIÓN HECHA

Pero su fe y su decisión no se doblegaron y pedía lo mismo de los demás, aunque se impacientaba con ellos. Muchos desertaron del grupo y entonces a él se le ocurrió reunir varios grupos y hacer una "solicitud grande".

Fue así como la colonia "Magnus" inició una existencia teórica dividida en seis sociedades agrícolas de agricultores sin tierras. La podredumbre burocrática les reservaba todavía siete años de frustraciones y de sacrificios sin nombre.

Pero el ánimo se había levantado de nuevo y esta vez empujarían más fuerte a las autoridades agrarias locales.

—“Que se esperen a que esté terminada la presa del Oviachic”, —les respondieron y muchos tuvieron que irse a esa construcción para conseguir trabajo, mientras que los más tercios se quedarían en la Colonia Irrigación, sudando su miseria en los desmontes y azolvando su ánimo en una frustración desesperanzada.

Pero una cortina de cien metros de alto, y más

de un kilómetro de largo, que formaría un lago artificial que se iba a extender a una distancia que iría más allá del alcance de la vista, no se construía en un año, ni en dos. Mi padre lo sabía y decidió que debía continuar la lucha para que las esperanzas fueran creciendo junto con la presa. Era una ilusión lateral y paralela que nada aseguraba, pero él tuvo la terquedad suficiente como para convencer al grupo de que había que seguir insistiendo, sin aflojar ni un momento. Fue por eso que se reorganizaron las nuevas comisiones para ir a la Capital y que persistieron en su intento con la tenacidad de quien se juega la vida en la derrota.

Para entonces, los antiguos colonos ya habían limpiado sus tierras y habían producido las primeras cosechas. El pueblo contaba ya con manchones desmontados donde se planeaba construir una escuela y arreglar un campo deportivo. Los arrozales empezaban a llenar las bodegas de Cajeme y grandes amontonamientos de paja proliferaban por las parcelas como enormes monumentos redondos y blandos hechos en honor del trabajo y en favor de nuestros juegos.

El desmonte del pueblo había quedado relegado como si las fuerzas se hubieran agotado en asegurar la supervivencia desmontando sólo lo que iba a sembrarse. Por eso aquello era un tupido chaparral salpicado de chozas. Las noches de verano

eran una interminable tortura de piquetes de mosquitos acompasados con la persistencia cruel de un zumbidito lánguido e implacable. Pero las noches de octubre eran una delicia en lunada y entonces todos se sentaban bajo las ramas a platicar y a escuchar los ruidos nocturnos. Y habían muchos ruidos poblando la noche: los tecolotes dialogaban entre sí con su tétrico llamado de barítonos solitarios. Nosotros hacíamos apuestas sobre cuáles de aquellos innumerables llamados serían humanos, ya que se decía que los brujos yaquis y mayos andaban de noche por el monte comunicándose con ese mismo graznido. Habíamos oído de un brujo muy viejo que solía platicar con los animales y que tenía una serpiente que lo seguía por todas partes. Lo habían oído hablarle con cariño y habían visto cómo le obedecía mansamente. Contaban que una vez se internó en la soledad del espeso pitahayal por varios días y no regresó hasta que trajo tras de él, como un manso cordero, a un enorme toro salvaje escapado de los corrales del rancho de Baciabampo que no habían podido lazar los más ágiles vaqueros de la región. Entre los cerros negruzcos y lejanos que se divisaban en el rumbo de Álamos, tenía una cueva de la que se contaban cosas extrañas. Los que se habían atrevido a acercarse a la entrada, habían oído el tropel de una manada de potros en estampida. Moroyo-

qui había tenido el valor de no echarse a correr sino de untarse a la pared de la cueva con la intención de ver pasar aquello que él atribuía a algún mentiroso. Entonces pudo oír cómo el tropel se acercaba hasta pasar invisible frente a él y perderse en la llanura seca sin dejar el menor rastro ni levantar el más leve polvo. Entonces, espantado, emprendió la carrera sólo para ser arrollado por una segunda multitud de pezuñas etéreas. Decían que había quedado vivo, pero que desde entonces se le oían ruidos en la cabeza y que tenía que dormir de día porque de noche le perturbaban mucho las conversaciones con los coyotes. Esto último me parecía más posible porque el monte hervía de esos animales que merodeaban en grandes manadas y armaban una algarabía infernal con sus lastimeros aullidos colectivos.

Pero el recuerdo anhelante de la sierra encontraba siempre su camino a nuestras mentes y era en esas noches que el imán irresistible de la montaña nos arrastraba hacia un pasado de cordillera ondulante, de encinar cimbrador y de pinar oloroso. Entonces dejábamos escapar la imaginación y los aullidos de los coyotes se convertían en los de los lobos amenazantes de la sierra y traían tras de sí el rastro imaginario de aquellas manadas que asolaban los corrales durante las noches nevadas. Supe así que mi tío Roberto había pasado una

angustiosa noche en vela arriba de un encino rodeado por una jauría de feroces atacantes que no cesaron en su asedio hasta que habían devorado su caballo y destrozado su perro. Eran las fieras más temidas de la sierra y los únicos que mataban por matar; los enemigos implacables de los ranchos boscosos que sólo podían ser resistidos por los caballos briosos y los toros grandes enarcados en círculo defensivo alrededor de los corrales repletos de becerros.

Estos escapes imaginarios llegaron a ser nuestro único placer en aquel valle de realidades crueles y desafiantes. Eran como remansos del pasado para los que nunca pensamos que amábamos tanto la sierra.

Mientras tanto aquella realidad con su devastadora y contundente presencia, nos obligaba a reentablar la lucha para sobrevivir. Mi padre había reanudado su batallar con el grupo y nuevas comisiones iban y venían consumiendo los ínfimos recursos de aquellos héroes del trabajo. El chaparral sediento se salpicaba más de chozas y un extraño pueblo de anchas brechas iba tomando forma. Por entre el mezquital podía distinguirse ya la estructura blanca y alargada de una escuela rural y un nuevo elemento vino a distraer las noches de brujos y búhos. Había llegado: el cine.

Una tarde dorada, cuando el llano estaba todo bañado de horizonte, se oyó entre los mezquites el desconocido ruido de un magnavoz. El llamado se esparció por todo el caserío convirtiendo un rumor antiguo en realidad. Una estructura de madera delgada sosteniendo una endeble pared de petates rígidos y gruesos; una empalizada tensa soportando una caseta de madera donde se distinguían dos pequeñas ventanas y enfrente una gran sábana blanca jalada por cuatro cuerdas en sus esquinas. Eso era el nuevo portento que ocuparía desde entonces las noches del pueblo. No hubo padre de familia esa tarde que no recibiera la demanda suplicante de sus hijos por un peso para entrar a la primera función de aquella novedad sobrecogedora. Apenas encendieron el gran foco de la entrada, una nube de insectos se apoderó del ambiente. Un viejo motor de ruido cavernoso, como pulmón de minero, prometía ya la nueva maravilla, mientras que la multitud arremolinada en el llano permanecía expectante. Llegó el gran momento y el zumbido discontinuo del proyector comenzó a lanzar las primeras imágenes a la sábana. Varias escenas desfilaron rápidas y luminosas por unos minutos antes de que el ruido discontinuo se parara y que el zumbido cavernoso empezara de nuevo. Se volvió a prender el gran foco y todos nos miramos desconcertados a la cara. El

sonido no había acompañado a la imagen y había que empezar de nuevo. Entonces pregunté intrigado ¿cuál sonido?

—¿Cómo que cuál sonido?, pues el de las voces, menso —me dijo Martín. —El de las voces de los que se ven en la pantalla, —¿a poco no sabes que hablan? —repitió.

—Igual que habla tu abuela que es muda, pen-dejo —le contesté ofendido por la burla de querer hacerme creer tal cosa.

Un grito selvático nos sacó del pleito y la imagen de Tarzán se deslizó furtiva por entre animales salvajes y lianas aéreas. Y luego habló y los negros le contestaron y el pleito entre Martín y yo se acabó haciéndonos para siempre admiradores y émulos de aquel falso salvaje.

Aquella caravana de películas raídas regresaría cada temporada de cosecha y se convertiría en el símbolo de la diversión y en un proveedor ambulante de imágenes fascinadoras y desconocidas: ciudades lejanas llenas de autos y movimiento; aventuras de héroes valientes y piratescos; magueyes puntiagudos dibujándose contra el cielo al lado de una silueta de charro que se deslizaba por un horizonte dramático. Allí empezaron nuestros primeros “yo quisiera ser como . . .” y nuestras tiernas personalidades comenzaron a recibir la superimposición de las personalidades ajenas. Allí empe-

zaron a deslindarse los Pedros Armendáriz, los Jorges Negretes, los Tarzanes selváticos y los vaqueros solitarios de unas llanuras muy parecidas a las nuestras. Después de algún tiempo, aprendí a distinguir con sólo mirarlos, quién era un "Pedro" o un "Jorge" o un "Garicuper" o un "Gregoripec". Nuestros juegos empezaron entonces a convertirse en bandos de charros y vaqueros y empezamos a relegar los carritos de pitahaya y las construcciones de ramas y las trampas de codornices en el monte.

Un año más tarde, celebrábamos la noticia de la inauguración de un cine permanente en el pueblo: una impresionante estructura de petate y madera, que rivalizaba con el tamaño de la escuela, se había levantado entre los mezquites.

Cosas más grandes pasarían todavía, y un día memorable llegaron en procesión cuatro enormes carros pintarrajeados, levantando nubes de polvo y de admiración por las anchas brechas del pueblo: ¡Era un circo, un circo, un circo!...

... —¿Y qué es un circo? —pregunté.

Y me explicaron que era un cargamento de maravillas y que además de enanos, conoceríamos "en persona" las fieras que habíamos visto en el cine.

Pero aquellos pobres cirqueros no lograron provocar sino lástima y problemas. Una de las más infortunadas de todas sus noches infortunadas de debut, una famélica leona escapó de su jaula en

plena función y el tropel que ocasionó hizo que las bailantes galerías se vinieran abajo, repletas de gente. El pobre animal salió despavorido por el griterío y se perdió en la oscuridad de las calles. Lograron apresarla de nuevo cuando se arrinconaba, ya exhausta, en el tinaco vacío que iba a servir de depósito de agua para la escuela. El día siguiente no hubo nadie que no contara haber sido atacado o habersele enfrentado valientemente. De modo que el atribulado comisario tuvo que desalojar del pueblo a aquella triste caravana de cirqueros. Por más de seis meses no se habló de otra cosa, de tal manera que "la leona" aparecía en todo tipo de situaciones para convertirse finalmente en la primera fuente de chistes originarios del pueblo.

Aquel caserío desperdigado y sediento fue siempre fatal para los circos, por eso, desde entonces, todos los que vivimos aquello abrigamos una escondida lástima por ellos.

Lentamente el desmonte se iba abriendo paso y las brechas se empezaban a convertir en anchas y desiertas calles que daban una impresión de vacío porque las casas habían emergido de los matorrales a más de cien metros unas de otras. El llano se hizo así más desolado porque el suelo blanquecino, sin vegetación, empezó a reflejar el sol de manera despiadada y a producir unas polvaredas

enfiladas como si el viento hubiera estado esperando el paso para desatarse. Desde entonces, los techos empezaron a volar arrancados de cuajo por los ventarrones. Cuando esto pasaba, se hacía el recuento de los que habían quedado a la intemperie y todos se aprestaban para ayudarlos a cubrirse de nuevo, antes de que el sol les calcinara hasta el alma. Por eso algunos se proveían de contrapesos que colgaban por dentro de sus casas. Pero los desprevénidos tenían que colgarse ellos mismos, agarrados de las frágiles vigas, aguantando los embates del viento hasta que su furia amainaba. Una vez, un apurado colono viendo que el techo se levantaba, saltó, se agarró de una viga y al ver que el viento lo levantaba con todo y techo y que las mujeres se arrinconaban gimiendo, al borde de la desesperación empezó a gritarles: —¡recen cabronas, recen!— mientras el viento lo volteaba todo sobre los débiles muros de rama y lodo de su casa. Después se quejó de que ni los rezos ni las maldiciones ayudan mucho en esos casos.

Así los vientos y el sol convirtieron aquel charral seco salpicado de chozas, en un llano blanquecino y calcinado donde reverberaba un calor mercurial. Esto hizo que la comunidad se uniera para comprar una vieja pipa que repartiría el agua, liberándonos de la terrible tarea de traerla desde el canal de riego con aquellas palancas de

palo, que nos tenían llenos de costras los hombros. Esto permitió que llegáramos a la escuela menos cansados y que empezáramos a tomarle sentido a los heroicos esfuerzos que hacía el profesor Eguirrola por enseñarnos algo. Pero el regreso a mediodía a nuestras casas, por aquellas candentes anchuras, era una hazaña de fuego.

El polvo removido por el paso de los camiones de carga se había convertido en una especie de harina suave y blanquecina que un sol planetario convertía en rescoldo de infierno. Los zapatos eran lujo de días de fiesta y, además, nadie los soportaba, así que corríamos de mezquite en mezquite ardiéndonos las plantas de los pies y haciendo descansos en sus ralas sombras. La más pequeña de las sombras era disputada por varios pares de piecitos que chamuscándose buscaban desesperados una pausa en aquel implacable cenizal terrestre. Debíó ser por eso que ningún alumno de ninguna escuela primaria de todo el país tuvo nunca más comprensión que nosotros por el noble Cuauhtémoc. La enseñanza se nos volvió indignación el día en que llegamos a esa página de la historia e hizo del joven príncipe azteca de los pies quemados, nuestro más querido héroe.

Fue por esos tiempos cuando empezaron a llegar los tractores. Cada sociedad agrícola había conseguido el crédito para uno, y siete monstruos ru-

gientes empezaron a pasar majestuosos y lentos rumbo a las parcelas. Luego vinieron las trilladoras y los "reviateros" que podían una carga doble de costales de arroz. Un ejército de "no agricultores" los seguiría y, por primera vez, conoceríamos a hombres que vivían de otra cosa que no era la tierra. A todos les molestaba este nuevo tipo de trabajadores sin pala que se ganaban un salario en la sombra. Unos eran mecánicos, otros tractoristas o maquinistas que abrían la era de la agricultura mecanizada de nuestra comunidad y otros simples burócratas del Agrario. Pasó mucho tiempo antes de que los esforzados agricultores dejaran de considerar indigno ese trabajo.

Y entonces, empezaron a llegar otros, que ni labraban la tierra ni componían tractores. Eran los comerciantes ambulatorios que llegaban dos días a la semana a abrir sus toldos bajo el sol y a correr y a descorrer las cortinas de madera de sus extraños camiones-tienda. Los días sábados se empezaron a convertir así en una pesadilla de magnavoces encontrados que gritaban a rabiarse vendiendo inutilidades de todo tipo. Y luego llegaron los más odiosos de todos. Eran unas camionetas cerradas con potentes magnavoces situados encima del techo y apuntados en cuatro direcciones hacia donde lanzaban, a todo volumen, una propaganda gritona de medicinas capaces de curarlo todo. Nom-

braban padecimientos y síntomas por horas para ofrecer luego su maravilloso frasco de panacea, cambiándose de calle cada cuanto tiempo, hasta asegurarse de que no habían dejado un oído sano ni un odio sin remover.

Pero los comerciantes se establecieron haciendo de su actividad una fuente estable de supervivencia, mientras que los ambulantes feridos fueron desapareciendo como esparcidos por el viento.

Pero faltaban todavía muchos y el pueblo los vería llegar, uno a uno, como fases inevitables de su crecimiento o como males adheridos a su progreso. Así que pronto aparecieron unos raros tipos de ferias que se plantaban de la noche a la mañana, en medio del llano, a gritar invitando a todo el mundo a participar en una gran variedad de juegos que iban desde cazar rinocerontes fugaces con un rifle de lámina oxidada, hasta ensartar con un aro gatos monteses de yeso o pasearse en las sillas volantes y estrujadora de entresijos.

Pero el más entretenido era aquel juego que consistía en repartir tarjetitas que tenían impresas nueve figuras de colores en líneas de a tres. Luego el conductor del juego iba sacando una a una las barajas que tenían las mismas figuras anunciándolas a gritos para que cada uno fuera poniendo un grano de frijol en cada figura de su tarjeta que iba saliendo. De pronto, el primero en

completar su tarjeta gritaba exaltado: ¡Aquí con ella! y automáticamente todos los demás exclamaban: ¡Putá madre!

Como no sabíamos todavía el nombre del juego, por estar vedado para los niños, optamos por llamarle “el juego de la puta madre”.

Estas ferias arrastraban tras de sí una cauda de haraganes que no hacían sino trampear a los descuidados y embolsarse lo que pescaran mal puesto. Fue así como ocurrieron los primeros robos y causaron tal indignación, que el comisario se vio obligado a prohibir las paradas de aquellas ferias en el pueblo. Pero muy pronto tuvimos nuestros propios haraganes, que en lugar de atender sus parcelas se pasaban el día metidos en unos enormes galerones de petate en los que se habían instalado los billares rodeados de mesitas de lámina, regaladas por una compañía cervecera, donde jugaban interminables partidos de dominó. Aquellos galerones representaban para mí lo prohibido, lo relegado al desprecio por todos los que labraban la tierra. Por eso atraían mi atención a tal grado de escurrirme a ellos por los huecos traseros, queriendo descubrir qué hacían los que no se pasaban la vida trabajando como nosotros. Pero la curiosidad se convirtió pronto en desilusión porque encontré que todos ellos eran una recua de aburridos que sólo mataban el tiempo y que no parecían diver-

tirse en absoluto. Su abulia y su falta de interés por la vida me transmitió un sentimiento de depresión desconocido para mí que me hizo sentir lástima por ellos y una rara aversión a los billares que me ha durado toda la vida. Por eso abandoné pronto mis furtivas visitas a aquellos lugares y regresé jubiloso a mi mundo de canicas y trompos y de amigos, pero ya con un rico vocabulario de majaderías que despertaron en ellos la curiosidad por los billares. Me fue imposible convencerlos de que no valían la pena y los perdí como compañeros de juegos, hasta que uno a uno fueron regresando como emergidos de una telaraña de apatía que les habían echado encima aquellas tardes interminables de mirones en un mundo que les causó un aburrimiento prematuro y que los lanzó de vuelta a los juegos adolescentes con una especie de ansia por reponer un tiempo robado a su inocencia.

Mientras tanto, el mundo de los mayores se hallaba enfrascado en un nuevo entusiasmo causado por un cultivo que parecía mucho más prometedor que el arroz y que nos libraría de las calenturas tercianas que producía su riego y de las implacables nubes de mosquitos que más parecían un instrumento del demonio. Era el algodón que llegaba arrasándolo todo con su espejismo de prosperidad y a convertirlos a todos en agricultores compulsivos y angustiados. La tonelada se pagaba a tal

precio que ni el doble de arroz podía comparársele, de modo que no hubo nadie que no se dejara arrastrar por aquella bonanza que convirtió al Valle del Yaqui, en cosa de dos años, en el más grande productor de algodón del país. Pero aquel cultivo estaba destinado a ser el rápido generador de nuevas fortunas o de nuevas ruinas. Fue así como surgieron los primeros "ricos" del pueblo y como, también, desaparecieron familias enteras.

Este nuevo periodo de prosperidad atrajo la segunda generación de migrantes montañeses.

Y empezaron a bajar repitiendo el éxodo que nosotros habíamos hecho tantos años antes, pero que ahora resultaba menos penoso. Los algodona-les en flor los recibieron pero no sospechaban que la pizca que venían buscando sería a la mitad del verano, cuando el sol echaba fuego por arriba y la tierra vapor por abajo. No sabían cuán agresivos podían ser los elementos y no venían física ni mentalmente preparados para ellos. Partía el alma ver como caían en los surcos, atacados por un mareo fulminante, con los ojos saltados y vidriosos por la insolación.

Pero antes de la primera pizca, cuando llegaban con la esperanza reflejada en el rostro, trajeron con ellos la segunda estela de noticias y remembranzas de la sierra. Llegó así la primera migración de tíos. Eran los hermanos de mi padre y aquellos

rostros, casi perdidos en la penumbra del tiempo, se hicieron de pronto reales. Y llegaron así los relatos de las noches de octubre, cuando rodeados por nuestras miradas anhelantes, nos llevarían en memoranzas aladas a la Sierra Madre; al prodigio natural que antes de su llegada parecía haber quedado atrás en el tiempo y en el espacio. A la voz de "te acuerdas cuando", las mentes y los oídos se abrían como corolas de imaginación prestas a captarlo todo. Fue así como nos devolvieron la memoria a La Carrilleña y sus defensas contra las fieras merodeadoras como aquel famoso tigre matavacas que fue encontrado por casualidad por Faustino Rascón y Herman Ocaña, cuando habían salido a buscar unas mulas que llevaban tres días perdidas.

Entre los intrincados cerros y lejos del mineral, empezó a reunirse un manchón de nubes negras que poco a poco se fue cerrando hasta cubrir todo el cielo. Ellos andaban a pie y con las reatas en la mano, listas para la captura de las mulas, cuando vieron el aguacero apretado bajar por las faldas del Chomonqui. Supieron, al verlo, que aquel aguacero no era de los que se aguantaban debajo de un árbol y corrieron a buscar refugio entre las rocas de la ladera. Al dar la vuelta de la piedra redonda que daba al desfiladero, se toparon sorpresivamente con la boca de una cueva. Jubilosos

entraron corriendo y empezaron a preparar una fogata. El calorcito hogareño del fuego empezaba ya a acogerlos cuando un rugido repentino y feroz, los dejó paralizados. Se vieron uno al otro en una interrogación suspendida, cuando otro rugido retumbó a pocos metros, hacia adentro de la cueva. Presas del pánico salieron despavoridos en medio de la lluvia para llegar, horas después, al mineral, sin aliento y empapados, a dar la noticia. Desde mi estatura de cinco años vi entonces como pasaban varias piernas apuradas de hombres armados con rifles punta abajo y perros excitados en presurosa persecución hacia la cueva. Una atmósfera cargada de expectación permaneció en el aire durante toda la tarde mientras que impacientes niños y mujeres se quedaban en el caserío por orden perentoria de los hombres.

Hacia la mitad de la espera, se oyó una algarrabía a lo lejos y todos nos precipitamos afuera de las cabañas a ver lo sucedido. Cerro arriba y con aire victorioso, un grupo de hombres y de perros, bajaban en marcha triunfal con un enorme tigre colgando de un palo que cargaban de sus extremos dos orgullosos y fuertes mineros. Aquel portento de belleza salvaje estuvo expuesto todo el día siguiente para que todos pudieran saciar la curiosidad de mirarlo de cerca o de tocarlo, si se atrevían. Después fue desollado y su cuerpo permane-

ció estacado en medio del mineral, hasta que se decidió que quedara en la entrada de la cabaña del comisario como adorno y como advertencia de lo que les esperaba a los matavacas, fueran tigres o fueran hombres.

Luego nos contaron que el mineral se había quedado solo y que un polvo de mina abandonada lo estaba cubriendo. Los tejabanos de tableta ya se habían vuelto plomizos y los troncos, que ensamblados habían hecho de paredes, estaban ahora desplomándose “desde que sintieron que ya nadie regresaría” —dijo el último que salió de allí.

Así, ansiosos de recobrar tanta ausencia, forzábamos la memoria de los recién llegados resistiéndonos a regresar a la realidad cuando terminaban sus relatos con un: “todo sigue como antes, allí siguen los ranchos de los que tienen vaquitas y que no tienen que venirse como nosotros”.

Mientras tanto, mi padre, que continuaba la lucha sin flaquear un momento, decidió incluirlos a ellos en el grupo. Esta vez parecía haber esperanzas más fundadas y los nuevos socios fueron bien recibidos ya que los demás no podían solos con los gastos ocasionados por tanta vuelta “al Agrario y a la Capital”. Muchos habían perdido ya el ánimo y acusaban a mi padre de haberlos metido en una lucha sin esperanzas y sin fin que les había empobrecido la bolsa y la fe en la justicia humana.

Pero él, en su empecinado entusiasmo, no aceptó nunca la posibilidad del fracaso y sentía pena por los que se retiraban del grupo manteniéndolos registrados por mucho tiempo en espera de su regreso.

Fue por esos tiempos que la nostalgia y la necesidad perentoria de sostener una familia de diez hijos le obligaron a meterse en la deuda de un viejo camión de carga para excursionar por los pueblos de la parte baja de la sierra vendiendo productos del valle. El atávico llamado lo llevó hasta poblados que estaban en el camino a su pueblo y cuyos nombres había oído desde su adolescencia de labios de aquellos que habían hecho las largas travesías en busca de víveres que a Tarachi no llegaban nunca. Pero ahora, desde abajo de la cordillera, estos viajes fueron solamente intentos truncos que sólo le dejaban un saldo de melancolía. Puede ser que entonces haya pasado por su mente la idea furtiva del regreso, sólo para ser rechazada con el furor del que sabe que no hay posible retorno. Puede ser también que estos viajes le dieran un sentido de acercamiento al pasado. Pero lo cierto es que siempre regresaba cabizbajo, atribuyendo su estado de ánimo a lo mal que le iba en la venta de lo que transportaba.

Entonces la emprendía por otro lado. Fue así como una vez fue a parar hasta Jalisco, en una

aventura comercial que apenas le dio para pagar la deuda del viejo Dodge que cada vez estaba más ruidoso y menos confiable. Trini lo siguió en esos intentos, pero a él le dio por el desierto y fue a dar hasta Baja California con sus cargamentos de elotes y naranjas. La fatiga le hizo desarrollar una notable habilidad para dormir debajo del camión que yo no pude aprender jamás, por eso nunca le serví para compañero a pesar de que ya era un hombrecito prematuro de doce años. Aquella dureza no nos permitió ser niños y los meses sin escuela no eran sino una sucesión de tareas de adultos que nos endurecieron antes de tiempo. Era por eso que el regreso a clases era siempre bienvenido y fue tal vez la razón principal de que yo siguiera estudiando para siempre. Esto sería posible gracias a su heroísmo de hermano mayor y a su innata nobleza.

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR

Habíamos estado en aquel valle de penalidades por largos años y nunca se nos ocurrió que teníamos a veinte kilómetros el mar. Hasta que un abril de semana santa, algún fuereño regó por el pueblo la idea de que en esos días todo mundo debía ir a la playa. Pero para entonces, ya el pueblo contaba con un difusor del miedo: un sacerdote. Desde que llegó empezó a prohibir cosas y muy pronto se encargó de sembrar entre el mujererío, el sombrío concepto del pecado. Y mis esperanzas de conocer el mar tuvieron que posponerse por un año más.

Pero los vientos del siguiente marzo trajeron nuevos ánimos y ésta vez lo logramos. Varios camiones de redilas pasaban en medio de la polvareda llenos de gente animosa y anhelante, cuando mi pandilla y yo nos dispusimos a pasar el día entero buscando acomodo en alguno de ellos. Hasta que Mariano Carvajal se paró de pronto y dijo: —“De a tres por cabeza”— y nosotros aceptamos inmediatamente un precio que jamás pagaríamos por-

que antes de llegar a la playa nos dejamos ir a los arenales y ni se enteró cuando nos bajamos.

Una muralla de dunas ondulantes de arena finísima y oscura nos recibió. Entre ésta y la llanura se extendía un absoluto desorden de cantinas improvisadas en cuartos de petatón y una hilera de camiones con lonas colocadas sobre las redilas precedían a los grupos de horcones que retenían frágiles sábanas, colocadas a manera de tiendas de campaña, que luchaban contra el viento. Y sobre todo aquello, imperaba un olor a orines mal absorbidos por la arena humedecida.

—¿Y esto es el mar? —grité, con voz arenosa que me arrebatava de la boca el viento.

—Está al otro lado de los cerros de arena, bruto, —respondió Ernesto.

A mí me había parecido que los interminables médanos cubiertos de marismas fantasmales que habíamos pasado en el camino, pudieron ser el mar y que, seguramente en ciertas épocas del año, se llenaban de agua dejando, al retirarse, aquella capa blanquecina y delgada de salitre. Los páramos lisos y sin vestigio de vida me habían hecho esperar algo muy diferente. Pero cuando Ernesto me gritó el desafío no soporté la curiosidad y me lancé dunas arriba para perder el aliento en los primeros metros. Entre burlas mutuas subimos por fin aquella muralla dorada de treinta metros de

altura por cincuenta de ancho. Y, de pronto, al llegar a la cumbre, me quedé paralizado. Allí enfrente, una inmensidad azul sin límites, una infinita llanura líquida que se movía, se me vino encima. El terror me dejó clavado en la arena y sin aliento. Estuve ahí por algún tiempo, sin atreverme a bajar a la playa. Desde arriba el mar parecía una masa rugiente que podría arrollarlo todo. Los chiflidos y las burlas me hicieron salir del ensimismamiento y lentamente me fui atreviendo a bajar, hasta que poco a poco, aquella masa inmedible fue configurándose en su cauce.

No tocaría el agua ni una sola vez aduciendo unos raros escalofríos que me hacían sentir enfermo.

Y regresé del mar con una rara mezcla de frío y de miedo.

LA BUENA NUEVA

En aquellos llanos lisos no había nada que detuviera el viento y las masas de polvo lo envolvían todo durante marzo y abril desolados. Tiempo propicio para las malas noticias, vientos de oscuros designios. Todo parecía estar suspendido en un sopor de calor amarillo y polvoriento. Lapso de "entresiembras" cuando el pago de la anterior cosecha no ha llegado todavía y el crédito de la siguiente está envuelto en incertidumbre de burocracia. Meses en que nadie tenía dinero ni ánimo para nada y en que un silencio de calma ruinosa se paseaba por el pueblo.

Así era aquel verano prematuro en que llegó la noticia. Pero esta vez, por vez primera, la noticia era buena. La noticia era tan grande y tan buena que cambiaría la vida de todos y que les haría sentir aquel viento cenizo, como suave brisa de olores campestres.

Y ví, por primera vez, un brillo radiante en el rostro de mi padre. Una expresión que no le conocíamos, porque no la había mostrado en un lap-

so tan largo como mi propia vida. Por eso supe que se trataba de algo más allá de lo común

Para cuando se citó la junta, ya el pueblo había sido barrido por la pólvora de la novedad y los rostros ennegrecidos por soles y vientos llegaban invadidos por un fulgor interno, la mitad azul halo de esperanza, la mitad tenue aura rojiza de temor e incredulidad. Parecían no atreverse a soltar su alegría por miedo a una desilusión que podría resultar dolorosa. Por eso venían cautos, anhelantes y esperanzados.

La tarde se puso quieta y el sol del crepúsculo la tornó dorada cuando aquel montón de sombreros empezó a dibujar siluetas contra un horizonte que más parecía un amanecer. Y se leyó el oficio, y se volvió a leer, y aún así muchos no podían creerlo. Entre aquel palabrerío; entre aquel enlistar de condiciones y compromisos; entre aquel papasal de demagogia, se descubría, toda enredada en envolturas inútiles: la buena nueva. Después de siete años de penurias incontables se les concedía, por fin: la tierra.

Esa parte de la noticia fue lo único que oyeron y les ocupó su mente por entero haciendo que se desentendieran de todas las condiciones y sacrificios que venían pegados a ella. A ellos les bastaba la alegría sin medida de su futura tierra y nada les importaría más que el sentirse sus dueños y vol-

car sobre de ella todo el trabajo que fuera necesario y posible. Todo lo enfrentarían por eso y todo lo superarían, para convertirse más tarde en los mejores agricultores del país.

Luego vinieron los ingenieros y empezaron los viajes al espeso monte de la faja oriental del valle. Se empezaron las brechas por entre el pitahayal y pronto transitaron entre troncos y revaleses de cactus, bajo el sol ardiente, hasta que quedaron marcadas las parcelas y cada uno pudo recibir el título correspondiente. Hubo cambios y reacomodos acordados para que los que tenían parentesco entre sí pudieran tener sus predios contiguos y hubo generosas concesiones para los que recibieron terrenos inclinados y difíciles. Se organizaron sociedades agrícolas de treinta socios que debían sembrar en forma colectiva y bajo responsabilidad ilimitada después de que cada uno desmontara su pedazo.

Y empezó de nuevo aquel ingrato proceso del desmonte. La tarea por hombre era de una hectárea cada tres meses y no se consideró que la mitad del año era verano. Salían estusiasmosos hacia el monte con su ración de hachas, mulas, harina y carne seca, para no regresar en semanas. Los veíamos luego venir por sus víveres hechos unos bagazos ennegrecidos por un despiadado sol que quemaba más dentro del monte porque el viento no

penetraba aquellos espesos zarzales desérticos. Las mulas se veían esqueléticas y reseca y muy pronto los niños empezaron a preguntarnos cuáles hombres y cuáles bestias sobrevivirían al desmonte. Estábamos todavía lejos de pensar que las vacaciones estaban llegando y que a todos nos tocaría pasar el verano pegados detrás de nuestros padres arrastrando masas de aquella interminable variedad de cactus que desprendían su sorprendente cantidad de espinas y que pediríamos clemencia con los ojos saltados por la insolación y los labios reseca y partidos por la sed. Pasaríamos luego aquellas horrendas noches de mosquitos y de sobresaltos tratando de dormir agotados y rodeados de cabestros, para evitar la entrada de las víboras. ¡Ay!, ¡sobre todo de las víboras! Que pesadilla más dantesca aquella de tumbar un mezquite reseca para encontrarse con un nido de cascabeles chirriantes que atacaban los largos palos con que las movíamos. Era una sensación estremecedora aquella de sentir en el otro extremo del delgado garrote el choque de los colmillos venenosos, una y otra vez, hasta que cansadas salían en un reguero de peligro y entonces había que matarlas a todas sin dejar escapar ninguna hacia el campamento o hacia las bestias. El desierto se había propuesto defenderse y nos mantenía aterrados con aquel hervidero de reptiles de tantas especies. Todas ve-

nenosas, pero ninguna como las víboras tan temidas por su rapidez y su mimetismo. Las había de todos los tipos, pero la mayoría eran capaces de matar de un mordisco a una mula o a una persona en cosa de horas.

Y luego las "sombras malas". Atormentados por el sol caíamos exhaustos en la primera sombra que encontrábamos y, no pocas veces, fuimos víctimas de aquella traición del desierto. Resulta que en lo más pelado del monte, el diablo hace crecer el "jito", un arbolito redondo y frondoso que da una deliciosa sombra cerrada que después de las ralas sombras de mezquite, resultaba un paraíso. La observación tuvo que enseñarnos que aquella era otra defensa del llano desértico, pero muchos tuvimos que sufrir aquellos terribles dolores de cabeza con vómitos antes de darnos cuenta de aquella trampa. Luego había los que amanecían muertos sin señal alguna que no fuera una mancha violácea en alguna parte del cuerpo atribuida a los monstruos de gila. Y aquellas trágicas mañanas en que al ir a recoger las mulas para colocarles sus aperos, encontrábamos alguna inmóvil hecha bulto por una muerte de agotamiento o por el veneno de las "dos cuernitos" que parecían ser las víboras más mortales para las bestias.

Me pareció una eternidad aquel par de años que duró el desmonte y no sabía que sólo daría paso

a otro proceso más cruel y caliente que se llamaría “la relimpia”.

Ya las brechas podían ser transitadas por máquinas y las polvaredas blancas y largas marcaban a lo lejos el paso de los destartados “camiones de grupo” que se habían conseguido a crédito y a precio de oro en las agencias de Cajeme. Así sabíamos cuando venía en el horizonte reverberante el viejo Dodge colorado de mi padre, que nos traía agua y comida, anunciándose desde distante por los penetrantes rechinos de sus precarios frenos.

La relimpia estaba en su apogeo y la llanura se alternaba entre azulosa y blanquecina, cubierta por las humaredas de las quemazones de monte talado. Había primero que juntar todo lo desmontado en grandes pilas alargadas, arrastrando las pesadas pitahayas con tiros de mulas. Luego había que cubrir aquellas masas de cactus con mezquites y matorral resecado para después regarles petróleo y por fin prenderles fuego. Y aquel maldecido trabajo tocaba siempre en verano y era así porque en aquel árido desierto casi siempre era verano, así que el calor infernal de siempre se veía aumentado a un grado asfixiante por las quemazones. Luego vendrían los vientos que convertirían aquello en una fantasmal polvareda de tierra y ceniza.

Los tractores oruga llegaron demasiado tarde a mi vida y ya cuando el desierto había minado nues-

tro físico y nuestro ánimo. Maldije el día en que los ví arrasando monte con sus cuchillas, recriminándoles no haber llegado unos años antes. Cuánto dolor nos habrían evitado, cuánta maldición desesperada e hirviente, cuánto sudor transpirado de las entrañas.

Pero llegaron para completar el trabajo y para abrir los canales del nuevo distrito de riego que permitiría que al año siguiente todos hicieran su primera siembra. El portentoso plan del Valle del Yaqui venía a rescatar a los sobrevivientes y a darles un sistema de canales por donde correrían los hilos de vida que transformaron aquel llano de muerte.

Y al año siguiente se les vio con los ojos húmedos y un nudo de emoción en la garganta parados en medio de sus parcelas, contemplando extasiados un oleaje dorado de trigo maduro, mecido por lo que ya no era viento polvoso sino brisa de costa y de vida.

EVOLUCIÓN

Con las primeras cosechas llegaron los cambios al pueblo. La escuela se terminó y ya pudimos hacer el sexto año sobre pupitres de madera. Se concedieron lotes a los nuevos colonos y empezamos a construir nuestra primera casa de adobe. Ya no se filtrarían las heladas de enero por entre la pitahaya entretrejida, ya no pasaría el polvo penetrante de marzos y abrils y los adobes nos darían una mediana protección contra las oleadas hirvientes de los vientos de agosto. Teníamos nuestro propio lote y esto dio ánimos para plantar los primeros árboles y, por primera vez desde que salimos de la sierra, volví a ver las flores. Obeliscos rojos y geranios amarillos le dieron color a aquella vida ceniza-pálida que habíamos llevado como carga o castigo durante tanto tiempo.

Pero faltaba una calamidad más: las inundaciones.

Las escasas lluvias del desierto son violentas y forman corrientes rápidas que duran unas cuantas horas, pero que arrasan con todo. Los secos cauces

de los efímeros arroyos habían sido encauzados en bordos débiles que desembocaban en los canales grandes de riego con el resultado de que cuando venían corrientes de las inmediaciones de la sierra, arrastraban bordos y desbordaban canales, haciendo una corriente lenta y pesada que entraba por el poniente del pueblo y lo iba llenando todo. Allí empezó el penar de las casas de adobe que se fueron desmoronando hasta derrumbarse con estrépito de chasquido dejando a sus moradores a pleno sol y con sus "garritas de fuera". Cuanta lucha detrás de una trinchera de sacos repletos de arena y bordeados de tierra mojada para evitar el paso de aquel torrente chocolatoso de lodo cargado de espinas y alimañas; cuantas noches en vela midiendo el nivel del agua y adivinando cuanto subiría... y cuantos roperos y tinas, armarios y demás pertenencias pasaban por la calle, flotando hacia la parte baja del pueblo, donde después se armaría el pleito para deslindar la propiedad de cada uno. Cuantas viejas vociferantes sobre llantas flotadoras que después nadie reclamaría en el rebalse bajo. Esto hizo que Colonia Irrigación cambiara sus casas por los cuadros de ladrillo que después le caracterizarían. Más tarde la prosperidad agrícola haría que esos cuadros fueran pintados de colores subidos que para aquellos viejos luchadores eran el máximo buen gusto.

Así el pueblo se fue haciendo un cuadro grande, dividido en cuadros medianos y dentro de éstos, los cuadros chicos de las casas cuadradas. El algodón trajo una prosperidad que transformó el valle en un emporio agrícola maquinizado y a los agricultores en seres apurados y pendientes de un riesgo que las compañías despepitadoras tomaban a costa de ellos y que siempre ellos resultarían pagando. De esta manera invadieron el cercano Cajeme las compañías americanas, protegidas por las autoridades mexicanas, que empezaron el círculo de una explotación a gran escala basada en los robos que hacían en el pesado, en el seleccionado y en el clasificado del algodón. Los agricultores, acostumbrados a tiempos difíciles, no se daban cuenta de cómo funcionaba el sistema a que estaban siendo sometidos.

Y el modesto Cajeme fue convertido en el flamante Ciudad Obregón; en el centro más grande de la agricultura nacional; en el monstruo recolector del esfuerzo de todos los pueblos del valle y en el más típico repartidor de desigualdades. Aquellos funcionarios e ingenieros del Plan Yaqui resultaron dueños de miles de hectáreas sin esfuerzo alguno, y las familias antiguas de aquellas áreas ensancharon sus haciendas hasta que todos ellos amasaron las enormes fortunas que, dominando la tierra, la banca y la compra de la produc-

ción, concentraron un poder económico que les haría desarrollar la mentalidad más ferozmente reaccionaria del país. Así se cerró el nuevo círculo de crédito-avío-cosecha, que aseguraba toda la producción para los dueños del capital y todo el trabajo para los dueños de la tierra. Luego, las despepitadoras americanas se llevarían toda la ganancia de la transformación y de la venta internacional.

EL INDIO VIDAL

Hasta eso había llegado la vida, cuando una tercera migración se descolgó de la sierra. Ésta traía consigo una generación de primos desconocidos y de tíos legendarios, casi borrados por el tiempo. Llegó también una legión de nombres olvidados y aquellos amables hermanos de mi madre que siempre fueron suaves y tiernos y que no estaban hechos para luchas como éstas. Lo peor de la batalla por la supervivencia ya había pasado, pero a ellos les sería más difícil la adaptación porque llegaron a un valle saturado que no podía ofrecer más tierras y que sólo les daba la posibilidad de ser jornaleros el resto de sus vidas en una zona donde el círculo ya estaba organizado para el abundante beneficio de unos pocos, el abundante trabajo y poco beneficio de muchos y el perenne trabajo sin beneficio alguno de la multitud restante. Este último escalón de clases quedaba para ellos después que la generación de mi padre se había colocado en medio a base de sudor y sangre. Pero era gente:

con fe y decidieron esperar los cambios y la apertura de los nuevos valles.

Mientras tanto, nos traían otro bagaje de memoranzas que volvieron a refrescar el amor por la sierra. Y hubo noticias y nuevos relatos que escuchábamos extasiados y melancólicos. Tarachi seguía igual, sólo que expulsando a los que no podían ya sobrevivir de sus recursos, pero el mineral de La Carrilleña era ahora sólo polvo de escombros y hasta los huecos de las minas estaban siendo restañados por la naturaleza como viejas heridas. Ésta había restablecido ya de nuevo su reino y había borrado toda huella de obra humana envolviéndolo todo en una tenue atmósfera de olvido o de inexistencia. Ya no sobreviviría sino su recuerdo.

También el indio Vidal había pasado al arcano. Nos contaron que llevaba mucho tiempo bajando de su jacal a todos los bailes de Tarachi porque se había enamorado de una hermosa jovencita que tenía ojos zarcos y chapeadas mejillas de duraznos de octubre. Él vivía al otro lado del acantilado que formaba el cañón de los baños y de los lavaderos y su morada era mitad jacal y mitad cueva. Sembraba un pedazo de tierra que colgaba casi vertical del cerro de los güerigos, y vivía confundido con los venados y con las aves. Tenía por suya una cascada cristalina que caía de

una altura de pinos a un lecho de algarrobos y peñascos. El pequeño vallecito del pueblo le quedaba a sus pies y podía distinguir cuando había toros en el ruedo y cuando relampagueaban en el aire los cohetes de las fiestas. Entonces bajaba de su madriguera de águila y se pasaba días y días paseando su serenidad por el pueblo. Nadie podía evitar un sentimiento de placidez en su compañía por eso su presencia agradaba a todos. Tenía un invisible emanar de pureza que lo envolvía todo y una suave ternura de criatura natural y primitiva. Era un trozo de sierra que caminaba.

Fue en un quince de mayo, cuando los tepehuajes emergen con manchas verde-claro en medio de la sequedad que dejó el invierno y los soles de la primavera; cuando el pueblo da la bienvenida anticipada a las deseadas lluvias que se empiezan a manifestar en el viento; cuando los vaqueros recorren los últimos recodos de sus ranchos buscando toros y potros para la fiesta .

El bullicio excitado de los jóvenes hacía ya volar las enaguas de las inquietas doncellas taracheñas y las bandas de música de viento regaban por las calles su ambiente festivo. Un aire florido lo bajó de su nido y lo vieron llegando todo de blanco y con sombrero de palma recién tejida y todavía olorosa. Traía una extraña melancolía en los ojos, mezclada con un gesto de decisión tomada a fuer-

za de noches enteras de meditación. Las últimas veces que había bajado ya se le había notado aquella serena tristeza que en él tenía un dejo de fatalidad y habían visto cómo su discreta mirada se llenaba de claro brillo cuando veía pasar a la Amanda. Pero nunca dijo nada y ella jamás intuyó aquel torrente claro de pasión solitaria.

Por eso ahora traía aquella expresión de decisión tomada y aquella mirada encendida y por eso ahora había dejado traslucir su insondable interior de indio y había permitido que le iluminara el rostro. Traía también sus esperanzas por fuera y su temor por dentro.

Las fiestas se hicieron manera de vida para el tercer día y las vistosas monturas relumbraban ya por el transpirar continuo de los caballos de estima; los jinetes de toros habían agotado ya los pretales y espoleado los ijares de las más fuertes fieras astadas y el tesgüino empezaba a ser ya asientos en el fondo de ollas en fermento. Las chavindas tenían que ser encebadas de nuevo ya que los restirones las habían distendido porque los alegres jinetes lazaban con ellas hasta las crines del viento. Un ambiente de alegría satisfecha y de olor a hierba de mayo cubría todavía el aire cuando empezó a caer la tarde del tercer día y cuando el indio Vidal se lanzó a su aventura después de haber acechado por noches y días. En la esquina que da

hacia la plaza culminaba el último baile del día, cuando él se atrevió a cruzar el gran patio oloroso a tierra regada y, con la vista de todos clavada en la espalda, invitó a bailar a la Amanda. La presión del momento la obligó a tomar la mano del indio y él sintió en su pulso un puñado de edén relampagueante que lo recorrió todo entero. Las parejas se lanzaron al baile y él, clavado en el suelo, no acertaba a turbar el momento con ningún movimiento, hasta que ella lo empujó suavemente y él sintió deslizarse en el éter. Y le dijo, por fin, que la amaba; que la vida sin ella, no era ya vida.

Se escondía ya el sol tras las altas cejas de occidente cuando lo vieron taciturno emprender la subida. Llevaba clavado en los ojos un brillo de muerte y en su paso el ritmo de otro universo. Subió hasta la cima del acantilado para que su figura se hiciera silueta contra el crepúsculo y su sombra dorada se alargara hacia el pueblo. Allí estuvo sereno e inmóvil, hasta que su silencio juntó todos los silencios del cerro y su rostro reflejó todos los pesares del indio. Le resonaba en el fondo sin fin de su mente la risa de burla de Amanda cuando le confesara que la amaba más que a su vida; le impregnaban su mundo interior aquellas palabras de mezquino sarcasmo cuando le contó que sus ojos ya estaban llenos de la imagen de un hombre al que él ni en sueños podía compararse;

le goteaba la hiel del despecho por las entrañas, hasta apagarle la voluntad de vivir. Y de pronto, levantó los brazos en la cima del risco y lanzó un insondable alarido que se encajonó en el cañón y se esparció abajo, en el pueblo, como un escalofrío. Todos se miraron entre sí sorprendidos por la increíble potencia del grito, sólo para escuchar otro grito bajando como torrente de frío. Cuando todo el pueblo distinguió su blanca silueta, ya venía bajando el último grito y un disparo suspendió el momento con sonido de eternidad. El segundo disparo pareció acompañarlo en su viaje hacia el vacío del acantilado hasta acallarse suavemente en el fondo del río.

Todo quedó suspendido, todo envuelto en silencio. Y dicen que fue inútil que todo el pueblo pasara días buscándolo en el cañón porque jamás, nadie, nunca, encontró el menor rastro de aquel indio suave que huyó hacia otro universo, arrasado por una oleada de cósmico amor desmedido.

UNA MANCHA SECA EN MEDIO DE UN EXTENSO VERDOR...

Pero estábamos allí, abajo, en la llanura, y las huídas imaginarias a la sierra eran sólo escapes momentáneos que sólo hacían más dura la realidad y más enconada la lucha. Como habíamos perdido tanto, teníamos que ganar cosas materiales en aquel valle tratando de compensar los sacrificios que nos había arrancado. Por eso los colonos se propusieron no quedarse atrás en los cambios y empezaron a transformar el pueblo. No sólo Cajeme recibiría entonces un nuevo nombre, los pobladores de la primera migración que fundó Colonia Irrigación, se habían vuelto masones y empezaron por cambiarle el nombre a Villa de Juárez. La falta de imaginación y originalidad quedaría compensada por la admiración al gran indio.

Y los cuadros de ladrillo empezaron a tomar colores más suaves y Ubaldo, un autodidacta de poderoso genio positivo, introdujo cambios de bienestar en las construcciones y verjas en las entra-

das para que en ellas empezaran a crecer las primeras plantas de adorno. Hasta entonces la noción de jardinera era desconocida en aquel pueblo a pesar de estar rodeado por los oleajes verdes de los sembradíos extensos y planos; ni una sombra de árbol en un poblado cuyas parcelas estaban limitadas por frondosos sauces. Riego en las siembras y polvo en las calles; verdor en los campos y sequedad en las casas. Así Ubaldo seguiría en su afán de embellecer lo útil, pero a pesar de sus esfuerzos de arquitecto natural, Villa Juárez seguiría siendo una mancha café y seca en medio de un valle que muy pronto se convertiría en una hermosa extensión de verdor por donde hoy se pasean espejismos furtivos y se mecen trigales maduros como ondas que se impulsan una a otra con el viento como un mar de oro en tierra continuado.

Ya todos los parceleros tenían su camión y su tractor y la nueva inquietud de cambio les infundió una actitud de cooperación y voluntariado. Esto hizo nacer nuevos servicios, como la Cruz Roja y los bomberos.

Aquel pueblo de ladrillo y cemento anduvo siempre escaso de incendios. Por eso la pipa colorada no tenía nada que hacer y los flamantes bomberos voluntarios tenían que entretenerse jugando baraja y dados hasta que el aburrimiento los devolvió a otros intereses más activos y las guar-

días pronto terminaron desiertas con el vago encargo de que se les fuera a buscar si algo sucedía.

Y entonces, un inoportuno pero deseado incendio ocurrió de improviso. Un jacal de petate y costales de ixtle empezó a arder y a echar tal cantidad de humo que alarmó a todo el barrio de la orilla del canal. La noticia llegó a todos antes de que los bomberos se enteraran, ya que tuvieron que rastrearlos por todo el pueblo. Por fin llegaron uno a uno, hasta que pudieron llenar la pipa y finalmente emprender la carrera que terminó a los pocos metros, porque el motor se apagó. Entonces decidieron empujarla hasta el lugar del incendio, sólo para encontrarse con que el jacal ya había sido consumido por el fuego y el dueño ya estaba acomodando palos para parar otro en un solo día. La humillación hizo que se compusiera el motor y que se montara una guardia más permanente. Lo que siguió faltando fueron los incendios.

El otro servicio que les pareció un adelanto fue el de la Cruz Roja. Para ello se acondicionó un destartalado "panel" que ya había visto pasar sus mejores tiempos.

Pero también había escasez de accidentes, hasta que un día, en el otro confín del pueblo, un descuidado le soltó un hachazo a un leño que, partido en dos, rebotó y le pegó en la cabeza haciéndolo soltar el hacha que le cayó en un pie producién-

dole una cortadura de poca consideración. Mandaron a un chiquillo que tuvo dificultades para convencer a los "oficiales" de la Cruz Roja de que no se trataba de una broma. Entonces armaron el movimiento con rapidez llegando de inmediato a donde estaba el accidentado. Luego les costó mucho trabajo convencerlo de que debía acostarse en la camilla y, cuando por fin accedió, emprendieron velozmente el regreso sólo para ir a caer en un lodazal donde la ambulancia dejó, patinando, sus últimas fuerzas. Sacaron entonces al herido, pero en un resbalón éste fue a parar al atascadero de donde se levantó furioso y enlodado. Allí los dejó entre lodo y protestas y emprendió la caminata hasta el dispensario.

—Cuando llegamos de vuelta a la Cruz —platicó un voluntario—, él ya estaba muerto, pero de risa.

Además de este tipo de cambios, hubo introducción de agua potable y, un buen día, el pueblo anocheció con postes y focos en las esquinas. Esto acabó con el único encanto que nos quedaba: el de las noches consteladas. En la llanura predomina el cielo, la bóveda celeste cubre la mayor parte de la vista y sólo es limitada por un horizonte con el que se confunde. Esto, en las noches, es un paseo entre galaxias y una expansión del espíritu a la que todos estábamos acostumbrados. Por eso aquella

gente no acepta limitaciones para sus espacios. No sé si fue ésta la razón pero, poco a poco, los focos fueron cayendo como estrellas fugaces de agosto, al impacto de las pedradas. Así quedó otra vez oscuro el exterior, pero iluminado el interior de las casas y de las gentes.

Y entonces el cielo volvió a ser dueño absoluto de la noche.

EL ENTIERRO DE LA SIERRA OSCURA

El viejo capitán primero de alguno de los ejércitos de la revolución (nunca supo cuál) nos traía siguiéndolo con la esperanza de arrancarle alguna de sus fantasiosas historias de batallas, entierros y aparecidos. Sus relatos, joyas de primera mano, no eran sino la directa evolución de algún trozo, real o imaginado, de su vida. Por eso nos embobaba con su plática y pasábamos horas enteras bajo los mezquites ralos de nuestro polvoso pueblo norteño oyéndolo mezclar aventuras reales con expediciones imaginarias. Desde hacía tiempo que su imaginación había capturado la atención de los jóvenes del pueblo. Los mayores no le hacían mucho caso porque la hostilidad de aquella vida les había atrofiado la sensibilidad desde tiempo atrás, pero los capullos abiertos de las mentes adolescentes absorbían fascinadas aquellas incursiones por los campos de la inventiva y de los recuerdos.

Yo los escuchaba abstraído entre un respeto cariñoso de sobrino y una receptividad de alas exten-

didias sobre el mundo de la curiosidad. Por eso cuando venía por mi casa, yo era el primero que acudía a brindarle asiento en la enramada, con la secreta esperanza de que reviviera en su palabra, alguna de sus historias. Y tuve siempre suerte.

Una noche, cuando la luna hacía su descanso mensual abandonando la noche a una quietud apretada de tinieblas, vi la luciérnaga de su cigarrillo en la oscuridad y al percibirlo quieto y sumido en su mundo, lo acosé a súplicas. Él respondió fundiéndose con la serenidad nocturna, y me dijo: "Bueno, te voy a contar un sueño muy secreto, aunque ya no estoy seguro que sea sueño porque se me ha repetido tantas veces que ya no sé si es cosa deste mundo. Pero, sólo porque ahorita estaba pensando precisamente en eso y después de que me jures que no lo vas a contar a nadie porque entonces la maldición se pasa pa tí. Es una cosa entre hombres ¿sabes? Esa es la condición." El chaparral oscuro pareció entonces convertirse en una tiniebla atenta y dos ventanas asombradas se abrieron de par en par hacia mis adentros al oírlo decir cosas tan graves. Hasta el canto taciturno de los tecolotes pareció callar y todo se envolvió en una espera atenta y anhelante.

En las faldas negruzcas de la Sierra Oscura debe haber una cueva misteriosa porque allí es don-

de siempre lo sueño. Síii, no creas, es una cosa jodida, porque camino por días en el mezquital del llano hasta que empiezan los cerros de pa'l lado de Batacosa; por ahí donde los árboles empiezan a hacerse grandes. Luego comienzo a subir pendientes pedregosas hasta que los cerros se hacen montañas. Pero todavía no llego a la sierra de veras, cuando en uno de los cerros peñascosos que dan hacia la llanura, se empiezan a divisar unos huecos y unos derrumbes. ¡terreno de entierros que ni mandao hacer! Luego de repente se empieza a oscurecer y yo subo y subo y paso varias cañadas hasta llegar a una cueva que tiene un no sé qué de atracción que no puedo resistir. Como que lo llama a uno. Allí me paro, veo pa dentro y ¿vas a creer que distingo todo en lo oscuro? y me meto y voy tropezándome entre las piedras hasta que muy adentro distingo que la cueva se hace más grande, como si la hubieran ampliado a fuerza de bombillos ¿sabes? ¡lugar de entierros que ni mandao hacer! Cuando llego al fondo la cueva se curva pa la derecha y mucho más adentro, y se nota un resplandor como si fuera la otra salida p'al otro lado del cerro. Cuando estoy que no se pa cual lado agarrar, es cuando distingo la silueta. Se mueve primero muy despacito, luego como que se anima a venir hacia

mí, medio desconfiada. Al rato le noto la forma de un hombre, y ya ni miedo le tengo porque lo he soñado tantas veces, y se me acerca hasta que le veo la cara. Tiene unos ojos grandotes muy negros y es pálido y calvo, bien calvo como tu tío Tomás. Luego se me queda viendo (¡ah!, y es muy alto, más que tu tío Juan José); me ve bien de fijo y me entra miedo. La primera vez que lo soñé desperté echando gritos de espanto y nunca supe lo que seguía.

Pero lo volví a soñar. Y todo se repitió otra vez, pero entonces si hablé aunque sin mover los labios. Y me volví a asustar de nuevo y desperté otra vez sin averiguar nada.

Pero lo volví a soñar (sabes, lo he estado soñando por años) y esta vez le entendí y me dijo que lo siguiera pa decirme donde estaba el entierro, y cuando levantó el dedo pa decírmelo: ¡desperté de nuevo! ¡que cabronada! ¿verdá?

Desde entonces todo eso se repite y siempre despierto cuando me va a decir donde está el entierro. Es una desesperación jodida pero no paso de ahí. Por eso creo que en sueños ya no me lo va a decir y que me está avisando para que me haga presente en ese lugar antes que otro vaya a llegar primero. Llevo años pensándolo y no me he atrevido porque no quiero que mis

hijos vayan a pensar que me estoy volviendo loco.

Me dejó como siempre, intrigado con su relato y frustrado por la falta de desenlace. No volvió más a referirse a esa historia y yo guardé su secreto sintiéndome depositario de algo que no le había confiado a nadie y que me concedía una oculta complicidad con él. Varias veces puso a prueba mi discreción. Cuando nos contaba otras historias y hacía alguna referencia a cuevas, me miraba de reojo y con un golpe bajo de confianza me decía: "como la del sueño". Yo asentía discretamente sintiéndome orgulloso de guardar algo a lo que los demás muchachos no tenían acceso. Sólo uno tuvo, una vez, la curiosidad de preguntarme qué era aquello del sueño y yo le respondí que era "cosa de hombres" y que no podía decirle nada a nadie. Esto picó la curiosidad de los demás que llegaron hasta la desesperación de la amenaza para sacarme algo. A fuerza de no conseguirlo, concluyeron que se trataría de una mentira y allí quedó la cosa. Yo concluí que él me lo habría contado por liberarse del peso de traer aquello adentro él solo, ¡o a lo mejor ni es cierto! —pensé.

Ya éramos estudiantes-en-la-capital-del-Estado, cuando regresando al pueblo de vacaciones oí decir que el tío se iba "pa los ranchos de pal lado de

Batacosa" a recoger un ganado. Como él era viejo y ese era un trabajo duro que se hacía entre varios, entendí luego la verdadera razón del viaje. "Es que a mi papá le ha dado últimamente por andar solo por entre el monte y no lo queremos contrariar, vale más dejarlo que haga lo que él quiera", —dijo mi primo a manera de explicación. Era evidente que ni ellos sospechaban el motivo del viaje y que nadie se imaginaba siquiera que andaba rastreando un sueño.

Lo vigilé por días y una madrugada, desde unos matorrales vecinos a su corral, pude ver cómo al partir enrolló entre las cobijas un pico y una pala y los colocó sobre el aparejo de la mula de tal manera que nadie los notara. Luego puso el rifle en la misma posición y aquello quedó oculto. Estaba ya aclarando cuando lo vi marcharse. Ya entrando en el monte le salí al paso, él no se sorprendió y me dijo que sabía que lo andaba espiando y que eso no estaba bien, que era "cosa de hombres", "y tú ya estás grandecito pa'ndar con esas". Pero mi ansiedad y los ruegos de disculpa lo ablandaron y accedió a contarme su propósito. Pero ni hablar de que me dejara ir con él. Todos se extrañarían y además era una empresa que debía acometer solo porque tendría que guiarse por un sueño que sólo él podía soñar. "Si es que me vuelve" —dijo— "por eso dejo el secreto en manos de un hombre"

me repitió, sabiendo que esa apelación no fallaría. Su figura se envolvió en polvo cuando le ví de espaldas perderse en el estrecho camino del pitahual. Y me pareció natural que más que un entierro, fuera buscando librarse de una obsesión onírica.

Por varios días anduvo vagando entre los pedregales de la sierra oscura escudriñando las faldas y buscando cuevas. Durante el día exploraba las cañadas y escogía una cueva. Luego pasaba la tarde juntando valor para meterse en la noche y lanzarse a rodar cuesta abajo por la otra realidad en busca de un sueño que ya traía confundido con la vigilia. Pasó calores oprimentes y estáticos durante aquellos días incendiarios de agosto cuando el sol llenaba aquel mundo de candencias alucinantes, y estuvo, por noches enteras, atento al silencio del chaparral intrincado buscando alguna manifestación orientadora. Estaba decidido a no regresar hasta librarse de aquello pues no quería pasarse el resto de su vida repitiendo aquel sueño y acusándose a sí mismo de cobarde por no ir a su encuentro.

Pero el sueño no se repetía y la paciencia y los días se iban agotando. Pronto andarían sus hijos con los vaqueros de los ranchos vecinos rastreando el monte en su búsqueda y él no quería que lo encontraran con sólo una pesadilla para contarles. Era impensable que lo hallaran antes de que él

encontrara el sueño. Así pasó noches enteras sin conciliar la calma y días interminables que se debatían en una espera espesa que no era de este tiempo.

Por allá por el noveno día, cuando empezaba a cazar liebres para no agotar los últimos víveres, sintió el impulso inequívoco de seguir un coyote que lo había molestado durante la noche con unos aullidos que parecían venidos desde el otro lado del tiempo. Se levantó temprano, se orientó y comenzó a seguirle la huella. Tenía que empalmarse a su rastro antes de que el animal lo venteara para tomarle ventaja y perseguirlo a caballo hasta cansarlo. Tendría así una excusa de cazador si lo encontraban y atendería aquellos intermitentes avisos nocturnos a los que todos los vaqueros conocen un significado.

Hacia medio día lo divisó sobre el faldeo del lado del sol. Supo entonces que no le perdería el rastro y que para el atardecer lo alcanzaría. Trepaba por la pendiente pedregosa cuando sintió caminar sobre terreno conocido. El corazón le dio un vuelco y los sentidos se le desplegaron al unísono cuando, al recorrer con la vista los detalles del cerro: lo reconoció. ¡Era la cuesta de sus sueños! ¡No había duda! Allí estaban los mezquites boscosos y los pochotes en flor; allí las piedras rodadas y las siluetas rocosas recortándose contra

el cielo. ¡era la cuesta de su cueva! ¡la del pedregal negruzco!; la de. . . un aullido lastimero vino a hacerlo estremecer y se acordó entonces del coyote. ¡Luego era cierto! ¡no era sólo un sueño! Y el coyote lo sabía “porque esos animales saben todos los secretos del monte porque están en este mundo desde antes que el hombre, saben lo oculto del día y lo de la noche, seguro qu’este trai también un sueño a rastras como yo” —pensó—, mientras se aprestaba a seguirlo a toda prisa y a pie. Casi desfallecía cuando oyó el segundo aullido resonar con tonos de eco. Se dio cuenta entonces que éste se había metido a una cueva y que allí podría acorralarlo fácilmente. Jadeante llegó de improviso a un terraplén de rocas y estuvo al borde del desmayo cuando directo, enfrente: distinguió, inequívoca: ¡la cueva! No había duda, despedía el mismo emanar de extrañezas; miraba hacia el poniente y estaba precedida de un silencio sin pájaros. Tardó en reponerse, pero al lograrlo, adquirió una súbita oleada de valor que lo obligó a ir hasta el fin sin medir las consecuencias. Un extraño temblor se apoderó de sus piernas cuando una lucha de vientos hecha remolino le azotó la cara. “Un espíritu del llano —se dijo— otro aviso, que me empuja a entrar, así quede en el intento”. Castañando los dientes se acercó a la boca de la cueva y sintió que una fuerza dominaba el ambiente.

Una presencia inequívoca lo había detectado y lo obligaba a continuar hasta internarse unos metros en la sombra. Allí encontró una paz repentina y una confianza inexplicable que le animó a sentarse a esperar la noche. “De seguro que aquí es donde tendré que soñarlo” —se dijo— y se alegró de haberse liberado del temor arremolinado que se cernía afuera de la boca de la cueva. Vio entonces como desde allí se dominaba un horizonte que ya había dado un mordisco de sombra a la esfera anaranjada de un sol que se hundía en un reguero de cobres.

La noche lo encontró lleno de aprensiones y sin el más mínimo asomo de sueño. “Tengo que dormirme” —se repetía— pero los arroyos de emoción que le corrían por los cauces de los nervios, lo mantenía en una vigilancia empecinada. Dio vueltas por horas hasta que se le ocurrió salir a cansarse caminando. Apenas puso un pie fuera de la cueva, se desató de nuevo el miedo y hubo otra vez un encuentro de vientos en la intemperie. Aterrado regresó a su lugar y volvió a recobrar aquella extraña calma. Un tiempo brumoso lo llevó entonces hasta la madrugada cuando decidió aventurarse hacia adentro y enfrentarse con aquella presencia en este lado de la realidad. Cautamente se fue adentrando, reconociendo cada tropiezo, hasta que a cierta distancia, vagamente, percibió

la silueta contra la pared del fondo. Esperó, con la cordura pendiente de un hilo, hasta que vio que se acercaba. Quiso hablar pero su voz se empanantó en su garganta. Fue entonces cuando, lentamente, allí enfrente, se fue materializando el hombre: los ojos grandes y negros, la cabeza calva y la estatura enorme. Habló con voz de sueño y lo invitó a seguirlo. Al llegar a la ampliación de la cueva, empezó lentamente a levantar el brazo (el tío temió despertar entonces, pero esta vez no le ocurrió), y su dedo apuntó derecho a la pared poniente, ligeramente iluminada por una luz lejana. Él no supo qué pensar cuando distinguió un hoyo recién excavado en el fondo. Pensó en la pala, en sus manos, en el boquete ya hecho y sólo pudo escuchar aquella voz sin boca que le hacía entender:

Me dejé soñar por otro que vino luego; tuve que decirle donde, y lo sacó. Sonaban las monedas reales cuando las llevaba, pero la prisa y el miedo le hicieron desparramar algunas, no muchas, pero por esa razón no he podido partir. Te llamé por años y no acudiste mientras seguía prisionero de esta custodia. Por eso busqué el sueño de otro y me costó mucho tiempo encontrarlo. Él vino y se fue, pero dejó esas monedas, ¡llévatelas, para poderme desatar!

¡Llévatelas y nunca lo busques y no me volverás a soñar jamás...!

Primero encontraron la mochila de cobijas, luego la pala y un cuero de liebre y ya cerca la búsqueda se les hizo angustiosa cuando encontraron el caballo ensillado. ¡Caballo con montura y sin vaquero, desgracia segura! —dijo uno— “hay que huellarlo”. Así empezaron la cuesta arriba hasta que, sorprendidos por los vientos encontrados, llegaron a la boca de la cueva.

—Son los vientos del malo —dijo otro— hay que entrar reculando pa que no te agarren de espalda.

Y, al acostumbrar los ojos a la penumbra: distinguieron al tío profundamente dormido.

Cuando lo despertaron se quedó sorprendido, pero al mirarse nueve extrañas monedas en la mano les dijo:

—Ahora sí, voy a contarles un sueño...

CAMINOS QUE LLEVAN LEJOS

Pero ya una nueva generación, que había nacido allí, exigía espacio en la escuela. Por eso se le hicieron pegotes en la azotea, a manera de segundo piso y nosotros, hombres prematuros de trece años, debíamos desalojarla y entrar de lleno al trabajo del campo. Pero hubo unos cuantos que nos negamos y, con el consiguiente sacrificio de nuestros padres, fuimos a parar inscritos en la secundaria de Cajeme.

Y allí empezó una nueva cadena de penalidades que sólo aguantaríamos los más persistentes. La salida de nuestros hogares fue un golpe que no esperábamos y pasamos grandes dificultades para acostumbrarnos a vivir en los cuartuchos de renta de la ciudad. Pero llegaban los viernes en que, como bandada de aves sedientas, salíamos de la última clase para apostarnos en el camino a pedir "aventones".

Así aprendimos a querer a nuestro pueblo y a apreciar la libertad de sus espacios. La familia, los amigos y los lugares empezaron a tener entonces,

un lugar preferido entre nuestros afectos y una pesada melancolía empezó a invadirnos por dentro los domingos en la tarde que ya no eran sino preludeo de aquellos lunes de invierno, en que, a las cinco de la mañana, había que estar en la salida del pueblo esperando los camiones trigueros para luego pasar, arriba de los costales, unas enfriadas mortales y llegar moqueando a la clase de siete. Más de uno pescó así enfermedades respiratorias que lamentarían el resto de su vida. Pero los estudiantes éramos el orgullo del pueblo y había una solidaridad tácita entre todos de no dejarnos nunca en la carretera y terminamos agradeciendo aquella generosidad espontánea de quienes veían en nosotros, la primera generación con esperanza.

Los que pudimos resistir aquello ganamos como premio una ausencia más larga y lejana en la capital del Estado donde se empezarían a definir caminos divergentes y definitivos que nos llevarían lejos.

Una adolescencia llena de melancolía y desamparo nos esperaba allí y sólo sería interrumpida por ansiadas vacaciones que nos iban a dar un hogar en lapsos y un amor adolescente y platónico más lleno de despedidas que de presencias. Fue ese el tiempo en que anduve siempre a varios centímetros del suelo hablando en verso y con toda la

intensidad puesta en la imagen de la que me esperaba constante en mi pueblo.

Mientras tanto, mi padre seguía una desigual batalla, ahora con los nuevos elementos de explotación que lo habían metido en deudas que estaban más allá de su capacidad de producción. Los monstruos rapaces de las compañías algodoneras no se saciaban nunca de esquilmar a los agricultores, de tal manera que los tenían con sus cosechas compradas de antemano y la amenaza del embargo de sus tierras pendiendo como guillotina sobre sus cabezas y haciéndoles generar un esfuerzo sin esperanza que debía ser cada vez mayor. Así muchos perdieron sus parcelas y desaparecieron del pueblo arrastrado por un polvo de ruina.

Este era su mundo cuando me llegó la hora de emprender una nueva y definitiva salida hacia la Universidad Nacional en la remota monstruosidad de la capital del país.

LA BIENVENIDA

Dos mil kilómetros de vigilia tuvieron que pasar frente a mis ojos ávidos antes de llegar, por fin, a la gran ciudad.

Y ahora estaba allí, una mañana somnolienta nacida de treinta y seis horas de desvelo sobre el rodar sin fin de un autobús de segunda. Allí empezaban las primeras ramificaciones de una monstruosidad que cubría un valle entero; de un inmenso derrame de cemento que, insaciable, empezaba a invadir las montañas circundantes y a robar al hombre su horizonte.

Después de siete cadenas de montañas, de selvas, ríos y llanuras, aparecían las primeras manifestaciones de una aglomeración caótica que se extendía sin límites ante mi azorada ignorancia. Toda una adolescencia de candidas fantasías me bullía en el dinamómetro incansable de la mente y excitado me bebía con los ojos la agresiva enormidad de la capital.

Después la estación de llegada y luego el asomo a San Juan de Letrán, que se me vino encima

como río desbordado. Me agredió por primera vez su prisa y me fascinó su energía.

Luego un taxi, abriéndose paso a empellones entre un arroyo de lámina.

—A Tonalá 125, departamento 315 —le dije, con delatora timidez provinciana.

—No te fíes de nadie, —me habían dicho en Sonora.

—Cuídate de todos. —Allí te vacían los bolsillos mirándote a los ojos.

Muchas más prevenciones me hicieron, por eso traía los viejos billetes fajados a la cintura. Mi inscripción a la UNAM y los libros del primer año pendían de allí. Tendrían que desollarme para quitármelos.

—Veinte pesos, —me dijo. . .

—¿Y los pagaste, pendejo? . . .

—¿Y qué querían que hiciera? —respondí con la angustia del burlado.

Mis compañeros de la casa de huéspedes de la calle de Tonalá con sabia experiencia de “haber llegado el año pasado”, se mofaron con saña. Comprendí de inmediato que no iban a necesitar desollarme y una sensación de desamparo me invadió todo. Desde entonces, la enorme selva de cemento y de gente, nunca dejaría de agredirme.

—Acabo de llegar de Sonora —me dijo, cuando yo veía distraído los carteles de programas triples del ruinoso cine Royal.

—Tengo que estar tres días aquí, y no conozco a nadie, trajimos un viaje de ganado y mi papá y mi tío fueron a entregarlo a Tlaxcala... Me enseñó una cartera con dinero y me invitó unas jicamas frescas. Su acento era el mío y su miedo por la gran ciudad era el mismo.

Acepté acompañarlo a un salón de billar de la Avenida Cuauhtémoc, sólo por complacerlo. Recordé mi día de llegada y sentí protegerlo.

Lo veía temblar al apuntar a las bolas de colores mientras, poco a poco, se lo jugaba todo. Le subía de grado la ansiedad cada vez que perdía y no atendía mis advertencia porque de vez en cuando el adversario le dejaba ganar sólo para animarlo a seguir apostando.

En un golpe de suerte recuperó lo bastante para querer recuperar el resto, pero el flaco sombrío no erraba tiro y de repente con ostensible fanfarronería, lo dejó limpio.

—Trescientos pesos —me dijo, con el rostro descompuesto por la angustia. —Mi padre y mi tío me los dejaron a cuidar, una vez más y le gano, ya viste, fue pura suerte; esta vez sí le pego; me mata mi padre si no... —Paisano, te lo imploro, te pagaré el doble si quieres, de todas maneras

te inscribirás hasta el lunes, después te envío desde allá para todos los libros del año, sin que me pagues, por favor, por favor.

Me aflojé el cinturón y me jugué la inscripción por salvar al amigo, al paisano.

Y empezó de nuevo, pero llegó a tal grado de nervios que tuvo que ir al cuartito del fondo.

El flaco me miraba con burla.

—¿Qué? ¿se rajó tu amigo?...

Entonces me dí cuenta de que aquel no regresaba.

—Si se rajó, me voy —amenazaba el huesudo.

Le rogué muchas veces y sólo lo convencí de que esperara a que yo fuera por él.

Al abrir la puerta del baño y encontrar que sólo era una salida trasera, recordé de repente que al encaminarse hacia allí, mi amigo había cruzado unas palabras con el flaco a las que yo no presté atención. De golpe lo entendí todo y con indecible desesperación atravesé corriendo el salón para llegar a la mesa y encontrar que el flaco ya no estaba. Sacudí al encargado quien me agredió por respuesta. Corrí otra vez entre las mesas, sin saber para qué; entré a los baños; salí a la banqueta y en desenfrenada carrera dí varias vueltas a la manzana, hasta que exhausto regresé al salón de nuevo.

—No vé lo que han hecho, ¿cómo no me ayuda? —le grité al encargado. Su sonrisa cruel de

burla me explicó que era inútil. Que era la ciudad. Que la soledad aquí, entre millones, era la más solitaria de todas.

Un viento impregnado barría las calles de la Colonia Roma al oscurecer, mientras yo regresaba a la casa de huéspedes con la indignación metida en los huesos y caminando más cuerdas para dar tiempo a que secan las lágrimas de rabia incontenida y para que mis compañeros no me acabaran de hundir en la desesperanza, con sus burlas.

Ellos jamás lo supieron.

RUMBOS DEFINITIVOS

Cuando mi padre dejó la sierra tomó su rumbo definitivo y emprendió su viaje sin retorno. Ahora era mi turno y al comprenderlo flaqueaban todas mis ambiciones. Tuve que juntar coraje durante mucho tiempo para no emprender el regreso. El valor me fue llegando cuando la memoria me arrasó al día en que lo vi adelante en el camino, abriéndose paso entre la vida y tomando posesión de su destino. Desde entonces tomé por costumbre imitar su valor y eso me fue concediendo lenta y firmemente una hombría que heredada de él significaba nobleza. No sabía todavía cuánto iba a necesitar esa fuerza pues dos años más tarde el *dumping* algodonero de un país-fuente-del-mal, lo dejó al borde de perder la tierra y a mí en la disyuntiva de sostenerme solo o regresar.

Entonces vinieron años de penurias nuevas y de una lucha más que feroz, trabajando ocho horas, asistiendo a clases cuatro más y estudiando otras cuatro: todo en un solo día. Aquello me enseñó que la lucha era en serio y me recordó la llegada

de mi padre al valle y el desmonte y la relimpia y sentí que si habíamos podido con aquello, yo también podría con esto.

Pero aquí la lucha era entre la multitud, entre la asfixiante maraña de humo y malicia, entre la desesperante lentitud de autobuses desvencijados que me hacían siempre llegar tarde a clases. Aquí la lucha era de hombres contra hombres y no de hombres contra fieras como había sido aquélla. Aquí se necesitaba maldad, más que fuerza, y el espíritu tenía que irse empequeñeciendo mientras la instrucción crecía.

Me habían dicho que aquí había un valle con un gran lago para mirarse. Y que tenía ropajes verdes de bosques frescos; que había horizontes de claridades y de montañas azules y nevadas; y que la vista se deslizaba sobre transparencias y lejanías celestes. Que en el centro del valle-nido una ciudad-casa, una ciudad-hombre predominaba con un señorío sereno y antiguo.

Pero cuando llegué, sólo encontré un reguero de progreso encementado que con ciega gula grasienta e industrial, se estaba ya engullendo una diaria ración de hermosura y la estaba ya convirtiendo en basura. No podía aceptar tal desilusión porque "la capital" no podía ser esto y me lancé a viajar por sus alrededores sólo para encontrar que el valle estaba siendo vencido y que el cemento y el

hierro se iban extendiendo por las colinas y que el lago-espejo estaba ya siendo victimado con una muerte polvosa y empezaba a cubrirse de una miseria migrante y expansiva. Lo que más susto me provocó fue descubrir, poco a poco, que la infestación urbana había ya alcanzado al hombre y le había quitado sus horizontes, su libertad y su calma. Le había ya metido la prisa en la mente para que se le hiciera angustia y lo había hecho agresivo y bestial. Desde entonces ya había empezado una carrera que nunca ha podido parar. Más tarde sería testigo de cómo este empobrecimiento invadiría también su cuerpo, pues el monstruo urbano empezaba ya a envenenarle el aire y a llenar de neblumo sus entrañas. Así lo iba convirtiendo en hombre-prisa sin sueños; en hombre-producto sin cosmos adentro. Este valle ya era la vasija céntrica de toda la miseria de la nación; de todas las culpas sociales que ahora empezaba a pagar por todas las injusticias que nos había repartido a los campesinos, por tantos, tantos tiempos.

Todo esto ya me había endurecido cuando llegé, siguiendo mis pasos, aquel pequeño triate que había salido con nosotros de la sierra acomodado en un huacal, sobre el lomo de una mula, tantos años antes. Casi no me parecía posible verlo convertido en un macizo adolescente, lleno de ilusiones y complejos. No pude ofrecerle mucha protec-

ción porque los míos eran más grandes y mis carencias peores, pero él traía la fuerza de un espíritu realista consigo. Sus pérdidas eran menores que las mías ya que no perdía sierra y llano a la vez, sino sólo llano y dureza donde había crecido. Tal vez por eso, su adaptación fue menos dolorosa que la mía. Éramos como dos universos distintos y complementarios: uno práctico, sólido, fuerte, con su inteligencia como escudo y sus pies asegurados en la tierra. El otro inquieto, buscante, con una actividad interna tan intensa que me convertiría en una vigilia andante y en alas siempre dispuestas al vuelo. Éramos dos antípodas hermanadas. Más tarde, la combinación de estas dos otredades nos convertiría en dueños absolutos de un luminoso destino común.

Por esos tiempos yo ya andaba rastreando parajes desconocidos en mi interior. Pero cuando me aventuraba en esas exploraciones, me sentía caminando de noche en el desierto, con una inmensidad por descubrir, toda extensión interminable cubierta de luces y de sombras. Pero ya había visto destellos vagando por esas penumbras, aunque parecían sólo alucinaciones creadas por mí mismo. Y había llegado a veces, a no distinguir las imaginarias de las reales. Estas exploraciones me habían sumido en un estado de fascinación permanente que mis estudios de derecho perturbaban y

disminuían. Y allí, en aulas sin ambiente de Ciudad Universitaria recién construida, me sentía rodeado de una fría inutilidad poblada por tantos que nada buscaban. Hubo muy pocos a los que mi arrogancia consideró dignos de compartir búsquedas. A los que no les interesaba, o tenían miedo de internarse en lo que nosotros llamábamos “interioridades”, yo y mi grupo pronto empezamos a considerarlos “unidades sin necesidad intelectual” y nosotros a considerarnos como dueños de los relámpagos cósmicos que arrojaban luz sobre nuestras literarias notabilidades. Así nos volvimos arrogantes e insoportables, lo cual empeoramos estudiando como enajenados y sacando las máximas calificaciones, no por interés en el derecho, sino por probar a los demás que con eso también podíamos. Muy pronto la vida nos bajó los humos, pero hubo algunos para quienes aquello no fue sólo un relámpago.

INDICE

Presentación	9
Una lucha entre dos tiempos	11
Largo camino...	21
“Fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre...”	33
Toribio	37
Maximino Salayandía	43
Las penas al río	49
Los gritos de la sierra	69
Punta de hierro	75
La llanura	85
Cajeme	91
Un páramo desértico	101
Una decisión hecha	109
Un descubrimiento del mar	131
La buena nueva	135
Evolución	143
El indio Vidal	147
Una mancha seca en medio de un extenso verdor... .	153
El entierro de la sierra oscura	159
Caminos que llevan lejos	171
La bienvenida	175
Rumbos definitivos	181

Se terminó la impresión de *La sierra y el viento* el día 28 de junio de 1982, en los talleres de Gráficos Ers, calle de Trabajadoras Sociales No. 299, México 8, D. F.
Se tiraron 2 000 ejemplares.

OTRAS PUBLICACIONES DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora,
Horacio Sobarzo.

General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida, José Rubén
Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de
Dios Robledo.

Ocho mil kilómetros en campaña (fragmentos), Alvaro
Obregón.

*Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción
nacional*, Miguel R. Palacios y Ana María León de
Palacios.

Plutarco Elías Calles, estadista y patriota, Juan Antonio
Ruibal Corella.

Crónica del Constituyente, Juan de Dios Bojórquez.

Sonora, génesis de su soberanía, Armando Quijada Her-
nández.

Memorias de don Adolfo de la Huerta, transcripción y
comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.

Eusebio Kino, padre de la Pimera Alta, Charles W.
Poulzer, f. j.

Obras históricas, Ramón Corral.

Jesús García, héroe de Nacozari, Cuauhtémoc L. Terán.

La Revolución en Sonora, Antonio G. Rivera.

*El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la
Huerta*, Carlos Moncada.

Crónicas biográficas, Horacio Sobarzo.

El viejo Guaymas, Alfonso Iberri.

La cohetera, mi barrio, Agustín A. Zamora.



**Publicaciones del
Gobierno del Estado
de Sonora 1979-1985**